



NUESTROS POLÍTICOS POETAS ⁽¹⁾

II

DON EDUARDO BENOT

Matemáticos y poetas fueron Lista y Balmes, matemáticos y poetas son Echegaray y Benot; fenómeno que tanto se repite debe de tener una ley generadora interna, consustancial con los hechos. El lenguaje del matemático es el *símbolo*, el del poeta es la *imagen*; símbolos é imágenes son la objetivación más bella, clara y sugestiva que ha logrado encontrar el pensamiento humano. Los análisis más profundos, las síntesis más generales son los de la matemática y la poesía. Las construcciones matemáticas y poéticas son las más robustas, aquellas cuyos cimientos son más fuertes y sus cúpulas más grandiosas y elevadas. El número impera, el infinito inspira; diferencias é integraciones tejen la trama y la urdimbre de la blanca veste con que poetas y matemáticos encubren la verdad, sin eclipsar con los artísticos plegados majestuosos la natural belleza de las formas perdurables. Tan sólo pueden ver antinomias irreductibles entre la gaya ciencia y la ciencia de Gauss esos espíritus frívolos

(1) Véase la pág. 5 de este tomo.

que no calan hondo en las entrañas de las cosas, que son las ideas madres de donde nacen éstas.

Á los demás no puede extrañar en modo alguno que el señor Benot sea conjuntamente físico y matemático en su *Mobilización de la fuerza del mar* (tomo IX de las «Memorias de la Real Academia de Ciencias»), humanista original é ingenioso en el *Examen crítico de la acentuación castellana*, en la *Versificación por pies métricos* y en la *Arquitectura de las lenguas*, políglota y aun filólogo en sus *Gramáticas* de los principales idiomas modernos, y poeta en la multitud de composiciones inéditas en su mayoría y que pronto verán la luz pública, según mis noticias.

He podido leer miles de versos del Sr. Benot, merced á su deferente complacencia para conmigo, y por la cual envíole desde aquí el testimonio de mi gratitud. Pertenecen á muy diversos géneros y épocas, con una variedad de asuntos inagotable. Descartando *Mi siglo y mi corazón* (drama) y *El muerto-vivo* (zarzuela), el resto de la obra poética del señor Benot avalórase con poesías líricas de entonación épica, como sus nobles cantos *Las Navas de Tolosa y Bailén*, magníficas octavas reales en loor de la patria española, que recuerdan la valentía de Tassara por su vigor de ideas y rotundidad de dicción.

El sabio poeta clasifica el conjunto de sus poesías con los epígrafes colectivos siguientes, que son de auténtica procedencia: *Parábolas*, *Puntos de vista*, *Granos de arena*, *Políticas* é *Imaginaciones*. Excepto de las políticas, he podido leer variadas y múltiples muestras de la inspiración poética del señor Benot, sin estudiarlas aún, por lo cual no se busque aquí un verdadero juicio crítico de ellas, sino una primera impresión en que se muestran á la par las luces del poeta y las sombras del articulista.

Que hay poesías tendenciosas demuéstranlo claramente los títulos de dos de los libros, *Parábolas* y *Políticas*. En los demás predominan los *cuentos*, más ó menos largos, con acción y descripción tan individuales y particularizadas, que le sería fácil á un buen dibujante trazar con el lápiz escenas y personajes. No por eso suele haber en ellos una acción larga,

colorido local, sabor de época, ni forma dialogada, sino cuando más monologada, á la vez que narrativa y sobriamente descriptiva.

Entre las poesías que me ha cabido en suerte ver, abundan las narraciones fantásticas, aunque presentadas con ese carácter de realidad que se basa en el ensueño, la pesadilla, el delirio, la embriaguez, la alucinación y otras formas patológicas de la actuación mental: algo así como episodios *edgardpoescos* versificados. No existe ese lirismo centrípeto que hace á la persona del poeta centro del Universo y de la humanidad, ese egoísmo poético que impide ver y sentir cuanto no sea los dolores ó los placeres propios, de una manera exclusiva. Tal subjetivismo, siempre en primera persona del singular, necesita ser sincero para que los ditirambos y las imprecaciones conmuevan á otro y no resulten de un Anacreonte alegre como un entierro y de un Jeremías bufo de puro elegíaco en falso. El Sr Benot no ha escrito así, bastándole objetivar sus ideas sin analizarse á sí mismo ni sintetizar en su persona todas las penas y alegrías de la especie humana y de la creación divina.

Carnaval en Cementerio, Pincunita, La Yankee, El hacha y otras muchas composiciones son cuentos románticos, muy desemejantes entre sí por el asunto y la factura, pero románticos desde el argumento hasta el lenguaje, desde la idea hasta el ritmo.

La Utopía, Metrofobia, La Danza de las nieblas, La Esencia de las rosas, La Botella del naufrago, La Guerra y la paz, Pigmeos y gigantes, Vengan los doctores, Fantasma de los naufragios..... estas composiciones merecen párrafo aparte.

El Sr. Benot es práctico en aquello sobre lo que teoriza y teórico en aquello que practica. No se limita á versificar, sino que analiza los fundamentos de la versificación castellana, haciendo un profundo estudio de los acentos prosódicos, del ritmo en poesía, y de los pies métricos en nuestro idioma, para proponer la adopción de estos últimos. Las composiciones enumeradas en el párrafo anterior están escritas con pies métricos. Tienen, por tanto, un doble carácter: 1.º el del contenido poético de sus ideas é imágenes;

2.º, el del ejemplo comprobante de una teoría prosódica.

El Sr. Benot hace notar que en la versificación por series rítmicas de sílabas hay en cada verso uno ó varios acentos necesarios y otro ú otros potestativos; pues bien, si se evitan los potestativos, los grupos de sílabas tienen constantemente sus acentos formando combinaciones iguales (*pies métricos*) de dos ó tres sílabas, en las cuales ocupa el acento el mismo lugar siempre en cada grupo bisílabo ó trisílabo, quienes conservan los clásicos nombres de coreos, yambos, dáctilos, anapestos, anfíbracos, sobrentendiéndose que no se trata de sílabas largas y breves, sino con acento ó sin él. Pueden hacerse multitud de combinaciones con los diversos pies, dando cierta variedad en medio de la monotonía de que esta clase de composiciones se resiente al fin y al cabo.

Cuando son de un maestro como Benot, resultan poesías preciosas, como:

LA UTOPIA

Cual dispersan las auras termales
De noche los nublos, y pueden
Los astros lucir,
Así el arte hace ver y adorar ideales
Que error insensato llegó á maldecir.
Del filósofo utopia sublime,
Sin arte que en formas de encanto
Las sepa encarnar,
En prisiones viciadas anémica gime
Sin serle hasta el vulgo posible llegar.
Como veis las divinas estrellas
En lóbrega noche sin luna
Brillantes lucir,
Las doctrinas y utopias que el arte hace bellas
Cual soles alumbran de eterno existir.

LA DANZA DE LAS NIEBLAS

En lo alto del cielo
dormida la luna,
de tenues vapores tras blanco cendal,

dentro anillo bordado de esmaltes del iris,
oculta indolente su nítida faz.

De naranjos colgadas mis arpas eolias,
se empapan de efluvios de flor de azahar;
y los aires se pueblan de enigmas sonoros,
de música ambigua,
y acordes sin ritmo de incierto compás.

Desde el río sutiles
las nieblas avanzan:
la atmósfera esperan..... ya vienen..... se van.....
y las llaman las arpas eolias en coro:
«Venid á embriagaros en flor de azahar.»

Los naranjos les abren sus gárrulas copas
movidos al soplo de brisa locuaz.....
y ellas entran con hilos de luz de la luna.....
.....¡son hadas!.... ¡no, nieblas!
que, asidas las manos, en círculo están.

¡Y al vaivén dislocado
de errática danza
me tiran mil besos en giro fugaz!....
¡Qué dulzura en la voz de las arpas eolias!
¡Qué dulces efluvios de flor de azahar!....
¡Ay! Yo sé que estas nieblas danzando á la luna
son sueños tan sólo de un vago ideal,
Mas, al ver estas hadas, ¿quién piensa en el mundo?
.....Más besos..... más besos.....
Adiós, no me llames..... adiós, realidad.

Comparemos este sistema con las octavas reales del mismo autor, y veremos que con ser muy bellas las poesías copiadas, no llegan á tener los pies anapésticos la virilidad de entonación de los endecasílabos bien hechos.

DR. LUIS MARCO.

(Se continuará.)





PROGRESOS DE LA ANTROPOLOGIA

(CONCLUSIÓN)

III

Hasta ahora no hemos dicho más que algunas palabras acerca del hombre, y sin embargo, éste desempeña el principal papel en los estudios antropológicos, que sólo por él y para él se han hecho.

El hombre, según una escuela que tiene muchos y alborotadores discípulos, no es más que el primero de los animales. Se relaciona por una cadena no interrumpida al protoplasma, compuesto orgánico de sustancias anorgánicas. Llega por largas y laboriosas transformaciones al antropoide, y por el antropoide á la forma humana. Al final de su vida aceptó Darwin (1) estas teorías que le parecían el coronamiento de su obra, pero se limitaba á decir que el hombre descendía de una forma menos perfecta que él, sin indicar ese antepasado desconoci-

(1) *La descendencia del hombre y la selección sexual*, trad. franc., 2.^a ed., páginas 410 y siguientes.—Véanse también el cap. I de la edición inglesa, *The Evidence of the Descent of Man from some lower Form*, y el cap. II, *The Affinities and Genealogy of Man*.

do. Hæckel y Cope, sectarios más ardientes, le han adelantado rápidamente. Han construído toda nuestra genealogía; para el primero, ya lo vimos, veinticinco estados nos separan de la monera primitiva, y entre nuestros antecesores están los batracios, marsupiales, catarinianos y pitecoides (1). Para Cope, nuestro antepasado más directo es un lemúrido, el *Anaptomorphus Homunculus* descubierto recientemente (2). Schmidt se inclina á creer que es un paquidermo (3). Merece citarse su conclusión: «Los monos, dice, tienen un doble origen muy distinto; la rama americana tuvo antecesores de la forma de los insectívoros; la rama europeo-asiática, incluyendo los antropomorfos, tuvo antecesores de la forma de los paquidermos; estamos, por consiguiente, muy cerca del origen paquidérmico de nuestros antepasados» (4). Muchas otras hipótesis se han emitido; Vogt dice que al hombre no se le puede poner en relación genésica directa con los monos actuales ni con ninguno de los monos fósiles conocidos; pero, según él, los hombres y los monos proceden de la misma cepa, cepa que se ignora todavía y cuyos caracteres se advierten en la edad joven, más próxima al punto inicial que el ser adulto. El Dr. Topinard quiere también que descendamos de los simios (5), ó por lo menos, todo aparece como si descendiéramos; mas ¿de qué monos, conocidos ó desconocidos? «Lo ignoro, contesta. Ninguno de los antropoides actuales puede ha-

(1) *Natürliche Schöpfungs Geschichte*, 8.^a ed., Berlín, 1889. La nueva revista *L'Anthropologie* (1890, págs. 738 y siguientes) publica un análisis tan completo como parcial.

(2) Cope divide en tres familias los lemúridos fósiles de América: la primera, que es la de los *Anaptomorphus*, ofrece dos ramas, de las que una conduce al mono y la otra al hombre. Virchow (*Verhandlung der Berliner Anthropol. Gesellschaft*, 1886) ha refutado enérgicamente esta teoría.

(3) *Los mamíferos y sus antepasados geológicos*. París, 1887.

(4) El Dr. Topinard se expresa así: «La descendencia del cerdo no me halaga.» Ignoramos si la del mono es más honrosa, pero esto es lo de menos: buscamos la verdad, y no hay que dejarse llevar por simpatías ó antipatías.

(5) Claudio de la Metherie, profesor de Ciencias naturales en el Colegio de Francia, decía ya en 1812: «El hombre no es más que un mono perfeccionado por el estado social.»

ber sido antecesor nuestro» (1). Nos concretaremos á las citas anteriores, porque nuestro propósito no es presentar las aberraciones lamentables á que la pasión arrastra á hombres de ciencia y de talento, ni menos aun conciliar contradicciones inconciliables, sino hacer notar que esas afirmaciones, con frecuencia tan terminantes, no se apoyan en ningún hecho conocido ni en ningún descubrimiento formal. Bueno será poner antes el retrato que trazan los que denomina la escuela sus maestros, de los primeros seres que revistieron la forma humana. Dícenos que tales hombres eran dolicocefalos y muy prognatos, de cabellos lanosos, piel negra ó morena, cuerpo cubierto de pelos largos y abundantes, piernas delgadas y más cortas, y brazos largos y más robustos que los de las razas actuales, rodillas fuertemente dobladas y estación semivertical. Carecían de palabra, y sólo más tarde, por no sabemos qué feliz casualidad, lograron adquirir el lenguaje articulado que tanto les había de diferenciar de todos los demás seres. Darwin nos da como antepasado á un mamífero velludo, provisto de cola y con las orejas puntiagudas, que habitualmente vivía en los árboles.

¿Habremos de repetir que esas teorías y esos retratos fantásticos no resisten al más ligero examen? Así opinan hoy cuantos estudian imparcialmente el asunto. «Se verán obligados, escribe Vogt (2), á modificar ó destruir casi todos los árboles filogénicos que nos han presentado.» En el Congreso de antropología y arqueología prehistórica que se celebró en París en 1889 (3), el Sr. Fraipont, profesor de Lieja, estableció los que llama caracteres pitecoides de los esqueletos de Spy, de

(1) *Últimas etapas de la genealogía del hombre.* (*Revue d'Anthr.*, 1888, página 331.) No resulta consecuente el sabio profesor, porque escribe en el mismo trabajo (pág. 308): «Cuanto más adelante, más convencido estoy de que los antropoides se deben reunir á los monos, admitidos por todos bajo este nombre, de los que no son aquéllos sino la familia más elevada, y más convencido estoy de que se separan más del hombre que lo que creen en cierta escuela, ateniéndose al concepto fisiológico puro, porque el concepto intelectual no es discutible ni por un instante.»

(2) *Algunas herejías darwinistas.* (*Rev. scient.*, 1886.)

(3) *Compte-rendu.* Paris, 1890, págs. 33 y siguientes.

los que deduce una evolución ascendente de la humanidad de las más caracterizadas durante el período cuaternario. Se le combatió con tal viveza y causó tal impresión, que Fraipont mismo confesó que sólo había empleado el término caracteres simios para registrar un hecho, sin perjuicio de inquirir luego su significación. Esto viene á ser una retirada honrosa. Todavía es más explícito Virchow. «Creíase hace veinte años, decía al Congreso de antropólogos alemanes reunido el año pasado en Viena (1), que nada sería tan fácil como demostrar la descendencia del hombre del mono ó de cualquiera otro mamífero; se ha necesitado combatir mucho esas esperanzas. Tocante al precursor del hombre, al proantropos, queda más que nunca en hipótesis, y sabemos actualmente que los hombres de las edades prehistóricas no eran más parecidos á los monos que los hombres que viven hoy. Las razas humanas más inferiores de la época presente no presentan ninguna tendencia á las formas simias; y no vale la pena de fijarse en los pocos caracteres pitecoides que podrían establecerse.»

Y es que, como acertadamente indica el ilustre profesor de Berlín, es imposible ir contra los hechos. Se han descubierto en estos últimos cincuenta años, tanto en Europa como en América, numerosas osamentas humanas que se remontan indudablemente á las edades más antiguas. Ninguna, absolutamente ninguna pertenece á una humanidad diferente de la nuestra. La mandíbula de la Naulette, que se encontró en Bélgica entre muchos restos del mamuth, del rinoceronte y de otros representantes de la fauna cuaternaria, presenta algunos caracteres que se asemejan á los llamados caracteres simios, pero ninguno de ellos, como lealmente lo reconoce Topinard (2), tiene valor absoluto. Se necesitaría además descubrir los mismos caracteres en otras mandíbulas para establecer un tipo normal. Pero acontece lo contrario: una mandíbula que se encontró hace algunos años cerca de Chalons-sur-Mar-

(1) *La Antropología en los últimos veinte años.*

(2) *Caracteres simios de la mandíbula de la Naulette.* (*Rev. d' Anthr.*, 1886.) Véase también Arcelin, *Rev. des quest. scient.*, 1887, tomo 1, pág. 263.

ne (1), á la que, con cierta seguridad, se puede hacer datar de la época cuaternaria, ofrece caracteres en un todo distintos de los de la mandíbula de la Naulette. Habíase pretendido también que la apófisis geni (2) faltaba en esta mandíbula y en la de Schipka.

De aquí han concluído que los hombres de la Naulette ó de Schipka sólo podían emitir sonidos inarticulados, y ya Hæckel proponía para ellos el nombre de *Homo alalus*, hombre privado de lenguaje (3). Pero un examen más detenido ha probado que existía dicha apófisis, con lo que se ha perdido la oportunidad de presentar un antepasado en vías de evolución para adquirir la facultad de que hasta entonces se vió privado y que había de convertirle en hombre en toda la acepción de la palabra.

Lo mismo es aplicable á los cráneos de Neanderthal (4), Marcilly-sur-Eure, Spy y otros. Todos se diferencian de muy distinto modo de los cráneos antropoides que de los cráneos que pertenecen á las razas humanas que tenemos por más inferiores. Su capacidad craneana, carácter esencial del hombre, al decir de los antropólogos más eminentes, excede con mucho á la de las razas actuales más degradadas, y cuando se ve que el promedio inferior para la de estos últimos es de 1.100

(1) Esta mandíbula la ha presentado el Sr. Nicaise á la Sociedad antropológica de París.

(2) La apófisis geni es un saliente óseo situado en la parte interna de la mandíbula, en el que están insertos los músculos de la lengua. ¿Es indispensable para emitir sonidos articulados? No nos atrevemos á afirmarlo. Más interesante nos parece una comunicación que recientemente ha dirigido Blanchard á la Academia de Ciencias de París (24 de Febrero de 1890). Señala las diferencias que existen en la cavidad faringeo-bucal entre el hombre y el mono, diferencias tales que, según el sabio académico, le es imposible el habla al segundo.

(3) Brinton, *The Language of Palæolithic Man*. (*Americ. Phil. Soc.*, Octubre de 1888.)

(4) Citamos el cráneo de Neanderthal por lo célebre que es; pero conviene añadir que recientes pesquisas han originado dudas acerca de su gran antigüedad. Con esta reserva, véase lo que dice Quatrefages (*Hombres fósiles*, página 33): «El cráneo de Neanderthal es muy curioso como testimonio de las exageraciones que pueden presentar ciertos caracteres osteológicos, pero cuesta trabajo ver en él el tipo normal de una raza especial.» No es, por otra parte, añadimos nosotros, incompatible en modo alguno con un desarrollo intelectual muy marcado.

centímetros cúbicos y que el de los antropoides mas elevados apenas llega á 530 centímetros, se infiere la distancia que los separa, la cual no pueden colmar el Proantropos ni el Antropopiteco (1).

¿Modifica esta conclusión el estudio de las circunvoluciones cerebrales? También en esto caen en falta las doctrinas de la escuela. Las circunvoluciones no se han desarrollado de manera progresiva y continua en los mamíferos. La evolución, si puede emplearse aquí esta palabra, se ha efectuado en cada orden según tipos variados, y el doctor Topinard (2) reconoce que, bajo este aspecto, no hay serie que vaya directamente del ornitorrinco al hombre. Entre las circunvoluciones y los demás caracteres no existe ningún paralelismo; ciertos animales superiores por las unas son inferiores por las otras, y recíprocamente.

Si el hombre físico difiere tanto del animal, ¿qué diremos del hombre intelectual y moral? Wallace (nos place citar á los campeones entusiastas de las nuevas ideas) (3) admite que la selección natural ha podido desarrollar las nociones de justicia y de beneficencia; pero que no cabe admitir lo mismo, añade, respecto á las nociones abstractas de tiempo y de espacio, de eternidad y de infinito, de sentimiento artístico y de espíritu matemático. ¿Cómo la selección natural, que no es, á lo sumo, sino la supervivencia de los materialmente más aptos, habría podido favorecer el desarrollo de facultades que tanto distan de las necesidades naturales del salvaje? Ante esta imposibilidad, que Wallace no puede desconocer, se ve obligado á admitir que una inteligencia superior al hombre guió la marcha de la especie humana en una dirección definida; pero, por

(1) Copiamos estos promedios del doctor Topinard. Nos parecen pequeños para las razas humanas. El doctor Brinton, en una notable obra *Races and Peoples*, New-York, 1890), da 1.600 centímetros cúbicos como capacidad media para los europeos y 1.250 centímetros cúbicos para la de los bosquimanos, una de las razas más degradadas que se conocen. El promedio para los parisienses del siglo XIX es de 1.559 centímetros cúbicos y de 1.337 para los parisienses.

(2) *Antropología*, 1890, pág. 731.

(3) *La selección natural*, trad. de L. de Candolle, págs. 350 y siguientes.

inexplicable aberración, el sabio inglés se niega á inclinarse ante su Creador y atribuye el desarrollo de las porciones esencialmente humanas de nuestra organización é inteligencia á seres superiores á nosotros, que no pretende darnos á conocer, cuya acción directriz se habría ejercido conforme á leyes naturales universales. ¡Hé aquí adónde llegan nuestros más eminentes adversarios, los que han sostenido y sostienen aún con gran calor la teoría de la evolución! Repetiremos las exactas reflexiones que hace Quatrefages (1): «Esos seres superiores que, según Wallace, habrían influído en los destinos de un ser terrestre, hasta el punto de convertir en un hombre lo que sin ellos no hubiera sido más que un animal, habrían desempeñado con nosotros el papel de verdaderos dioses..... por consiguiente, el transformismo inglés coloca con ello, por cima de la selección natural, que produce las especies, y por cima de la selección artificial, que produce las razas, la selección divina, que sólo se habría aplicado al hombre.»

Por atenuada que esté la declaración de Wallace, añadimos nosotros, merece anotarse. Pinta el embarazo de los que se forjan teorías completas que no pueden satisfacer á su entendimiento.

Si no hay manera de hallar en la larga cadena de los seres un solo eslabón que una al hombre con el animal, ¿podemos, desde otro punto de vista, evocar una evolución del tipo simio á través de los períodos geológicos? ¿Podemos señalar algún progreso en los monos desde el mioceno en que se constituyeron sus principales tipos? (2) La contestación debe ser resueltamente negativa. Habíase creído que el driopiteco demostraba ese progreso. Al estudiar Lartet, que es uno de los portaestandartes de la nueva ciencia, un fragmento de mandíbula, llegó á decir que el driopiteco se aproximaba al tipo negro (3). Gaudry lo describía como un mono de carácter muy

(1) *Revue scientifique*, 23 de Agosto de 1890.

(2) Hartmann. *Los monos antropoides y su organización comparada con la del hombre*.

(3) *Acad. des sciences*, 28 de Julio de 1856. Véase también un artículo del coronel Housset, *Nature*, 20 de Marzo de 1875.

elevado, que se relaciona con el hombre por algunas particularidades, por la altura sobre todo, y por ciertos detalles de su dentición, y añadía que si llegaba á probarse que los sílex recogidos en Thenay estaban tallados, lo que más naturalmente se le ocurriría es que los había tallado el driopiteco (1).

Pero un importantísimo descubrimiento realizado cerca de Saint-Gaudens ha modificado las conclusiones de nuestro eminente paleontólogo. Con una lealtad que le honra, no ha titubeado en declarar á la Academia de Ciencias (2) que, contra lo que pensó en un principio, el driopiteco presenta caracteres menos elevados que la mayor parte de los monos antropomorfos, y citaremos sus propias palabras: «En mis concatenaciones del mundo animal, dice, he dado las razones por las que no creía que estuviesen tallados los sílex de Thenay; pero dije que si se llegaba á probar algún día que lo estaban, me parecía tan imposible concebir la existencia de la especie humana en la época miocena media, que atribuiría la talla al driopiteco con preferencia al hombre. Hoy, algo menos ignorante, no diré lo mismo. Á juzgar por el estado de nuestros descubrimientos, no hubo en Europa en los tiempos terciarios ni hombre ni criatura alguna que á él se pareciera. Puesto que el driopiteco es el más elevado de los monos descubiertos hasta el día, debemos reconocer que la paleontología no ha presentado aún concatenación entre los hombres y los animales.»

Gaudry señala, entre otros caracteres de la mandíbula de driopiteco encontrada por Regnault, el singular alargamiento de la cara, y, lo que más le choca, el poco espacio que le queda á la lengua para moverse, circunstancia que le induce á concluir su notable estudio con estas palabras: «Seguramente que no está llamado el mono mioceno de Francia á arrojar luz sobre la gran cuestión del origen del lenguaje; no establece un intermediario entre el hombre que habla y las bestias que gritan» (3).

(1) *Fósiles primarios*, págs. 236 y 241.

(2) *Comptes rendus*, 24 de Febrero de 1890. — *Mém. Soc. géol. de France: el driopiteco*. — *Nature*, 5 de Julio de 1890.

(3) *Mém. Soc. géol.*, 1890, págs. 7 y 8.

Tal es el balance de la antropología durante los últimos años. Nada importante, en verdad, hemos aprendido. Ningún hecho ni teoría nuevos han venido á echar por tierra los conocimientos adquiridos, y, sin embargo, son de mucha nota los progresos, en el sentido recto de la palabra. Hemos acabado con las afirmaciones tan doctrinales como desprovistas de pruebas formales. Ningún sabio digno de este nombre se atreve á defender las generaciones espontáneas, la antigüedad fabulosa de nuestra raza (1) y el origen simio del hombre (2). Aquellos que gozan de autoridad, si bien reconocen que el darwinismo puede en rigor explicar la formación de las razas, no atribuyen ya únicamente el origen de las especies á la selección sexual ni á la lucha por la vida, y si es verosímil que las condiciones exteriores, el medio en que los seres se han de mover, pueden producir variaciones, importantes alguna vez, en el organismo, no se pretende ya proclamarlos como causas únicas de los cambios, como leyes absolutas que dirigen las variaciones. Nos vemos forzosamente obligados á ser más modestos; verifíquense dichas variaciones por un principio inherente al desarrollo, por la presión exterior ó por ambos factores reunidos, todo eso es tan desconocido para nosotros como podía serlo la ley de la gravitación antes de Newton. Hay, por consiguiente, que aguardar del porvenir lo que el presente no puede darnos, y ni aun nos atrevemos á esperar que los sabios de los siglos venideros logren descubrir el misterio de nuestros orígenes.

Subsiste un hecho puesto fuera de duda por los trabajos de Gaudry. Durante las edades geológicas vemos numerosos

(1) «No ha sobrevivido hasta nuestros días ninguna especie de mamífero de los tiempos eoceno y mioceno. El hipopótamo es el único representante actual de las especies pliocenas. Sería bien extraño que el hombre, bajo su forma actual, fuese un superviviente de esta época.» (J. Evans, *President of the section of Anthropology British Ass. for the Advancement of Science*, 1890.)

(2) «No competent Anatomist would maintain to-day that Man was or could be the offspring however remote of any known species of animal. Darwin himself never claimed more than that man was the descendant of some ancient lower and extinct form. There has never been shown any connecting link between man and any lower species.» (Dr. Mann, *Pres. American Cong. of Anthr.* New-York, 1888.)

tránsitos de unas especies á otras; pero si esas semejanzas del esqueleto, si esas transiciones insensibles evidencian una concatenación—empleamos la palabra que prefiere el Sr. Gaudry—extraña á veces, entre seres tan distintos como los peces y los anfibios, los reptiles y las aves, las semejanzas y afinidades que se establecen, no implican ni ascendencia ni descendencia; hasta ahora, por lo menos, no hay ninguna prueba, y lo único que se puede concluir en el estado actual de nuestros conocimientos es que las clasificaciones se deben revisar, modificar y probablemente simplificar. Esto es, convengamos en ello, un resultado bien mezquino para las orgullosas esperanzas que se había concebido. La verdad, por su sola fuerza, ha prevalecido contra los talentos más incontestables, contra la ciencia más sentada, y lo que es mucho más difícil, contra las pasiones más ardientes (1).

Nos falta hacer una última observación que no podemos omitir. Estamos colocados en el terreno de los hechos actualmente conocidos y de las soluciones que suministran. *Vere scire est per causas scire*, dijo Bacon; puede ocurrir que hechos nuevos y descubrimientos inesperados modifiquen nuestras conclusiones y motiven otras muy diferentes. Si los hechos son verdaderos y los descubrimientos ciertos, no vacilaremos en aceptarlos, cualesquiera que puedan ser las consecuencias que de ellos resulten, persuadidos como estamos de que no es posible nunca que la verdad sea contraria á la verdad eterna, que la ciencia, hija de Dios, niegue al autor de toda ciencia.

(1) En el momento en que escribíamos estos renglones, comprobábanse los mismos hechos en el Congreso histórico y arqueológico, reunido en Lieja. «Los sabios belgas, refiere el Sr. Baye, han expuesto que sus descubrimientos no se armonizaban con los sistemas propuestos hasta el día; desaparece el hombre terciario y la época que representa la primitiva industria humana, calificada de queleana, se pone en duda en cuanto á la prioridad. G. de Mortillet, que asistía al Congreso, ante las objeciones motivadas, se ve obligado á confesar que, si bien da bajo forma afirmativa las teorías que establece en sus publicaciones, el profesor cuida de presentarlas como vagas y elásticas.»





EL PAPA

Y

LOS PROBLEMAS SOCIALES

SEGUIDO DE UN ESTUDIO DE LEÓN XIII ÍNTIMO

(Publicado en la *Review of Reviews*, 15 de Mayo de 1891.)

(*Conclusión.*)

EL ADMINISTRADOR

No es solamente León XIII un político hábil y un diplomático sagaz; es también un excelente administrador, un mayor-domo severo y vigilante. Maneja con escrupuloso cuidado la fortuna pontificia. El dinero de San Pedro da, por término medio, de seis á siete millones de pesetas al año; lo que es poco para ocurrir á las necesidades sin número y crecientes de continuo de la administración de la Iglesia; pero, gracias al acertado empleo de dichos ingresos, logra el Papa que funcionen de manera conveniente todos los servicios eclesiásticos. En estos últimos años ha suprimido muchos gastos inútiles y ha reducido el lujo exterior de la corte á lo estrictamente necesario. Ha quitado empleos superfluos y disminuído ciertos honorarios. El Papa ha cortado sin miramientos todas las ramas inútiles del presupuesto pontificio, y ha hecho bien. Se ha gritado y reclamado á su alrededor, pero nunca se em-

prenden reformas sin suscitar oposiciones. Al revés de los católicos de los demás países, hay muchos católicos, romanos ó italianos, que, en vez de ayudar al Papa, fátales poco para considerar el Vaticano como una buena vaca de leche que debe alimentarlos gratis á ellos y á sus familias. Á los romanos les parece muy natural que los mantenga el Papa, como antiguamente los Césares. León XIII lo ha puesto todo en orden y ha concluído con las prodigalidades,

Se han vengado acusándole de avaricia, reproche que sólo por malevolencia se le puede dirigir, porque nadie es más generoso y espléndido que el Papa cuando se trata de sostener una obra útil ó de aliviar algún gran infortunio. Periódicamente hace á la Propaganda donativos regios; dió medio millón para la empresa antiesclavista, y recientemente ha dispuesto que las cantidades que se le ofrecieron con motivo de su jubileo episcopal se dediquen á la conservación de las misiones africanas para la abolición de la esclavitud. Señala el comienzo de su pontificado la ejecución de una obra artística grandiosa que le honra en extremo: la restauración del ábside de San Juan de Letrán, que ha costado cinco millones de pesetas (1).

Otros han murmurado la palabra nepotismo. Fué éste durante mucho tiempo, como se sabe, la llaga del pontificado romano (2), pero en nuestros días tal acusación es un ridículo anacronismo. Los dotes que ha concedido León XIII á sus dos sobrinos y á su sobrina cuando se han casado, no exce-

(1) Aún hay más: por iniciativa de León XIII se está construyendo en el Vaticano un magnífico Observatorio astronómico. Sobre una de las torres edificadas en tiempo de León IV (año 800), que tienen ocho metros de espesor, se establece una gran cúpula con un anteojo fotográfico, fabricado por los hermanos Henry y Gautier. El Observatorio del Vaticano, que dirige el eminente sabio P. Denza, quien renovará las glorias del inolvidable P. Secchi, será uno de los mejor dispuestos para explorar fotográficamente la región del cielo que se le señaló en el Congreso internacional de fotografía celeste, y prestará extraordinarios servicios á la ciencia.—(Nota del traductor.)

(2) Aquí, como en todo el trabajo, dejamos á su autor anónimo la responsabilidad de los juicios que emite, si bien hacemos constar que nos duelen algunas exageraciones é inexactitudes que deslucen algo tan interesante estudio.—(Nota del traductor.)

den de lo que cualquier tendero adinerado acostumbra dar á sus hijas; son completamente fantásticas las cifras publicadas por algunos periódicos.

La rígida economía en que se inspira León XIII para la gestión del dinero de San Pedro, se funda además en un motivo laudable y merecedor de respeto. El Papa mira á lo futuro y lo ve preñado de amenazas y peligros. Quiere que sus sucesores queden en situación de afrontar las eventualidades que pueden surgir de un momento á otro. Puede verse obligado el Papa á salir de Roma; la idea de abandonar el Papa la Ciudad Eterna preocupa constantemente á León XIII, y de haber sido más joven, la hubiera realizado. Importa, por lo tanto, que la Santa Sede, en previsión de los acontecimientos, disponga de recursos suficientes; por eso tiene el Papa la generosa ambición de constituir un tesoro pontificio, acumulando lentamente un capital, enajenable tan sólo en circunstancias extraordinarias. Las considerables sumas en metálico que recibió con ocasión de su jubileo han servido para constituir un primer fondo de reserva; pero León XIII procura acrecentarlo, y á este fin principalmente tienden todas las economías y reformas que ha hecho en estos últimos años. Algún día se bendecirá al ilustre Pontífice por su desinterés y previsión.

EL SECRETARIO DE ESTADO DE SU SANTIDAD

No sería completo este estudio si no dijéramos algunas palabras de los personajes que en el Vaticano rodean á León XIII y gozan de su confianza. Hay dos figuras sobre todo que se destacan en el grupo y atraen la atención: el Cardenal Rampolla y Monseñor Boccani.

El Cardenal Rampolla es uno de los individuos más jóvenes del Sacro Colegio, puesto que no tiene más que cuarenta y siete años. Su piedad y doctrina, tan firme como profunda, hicieron que le distinguiera el Papa actual, eligiéndolo hace cuatro años para Secretario de Estado. El Cardenal Rampolla, diplomático á la vez que teólogo, reduce toda su ambición á cumplir dócilmente los pensamientos de su señor, de quien es

instrumento precioso y adicto. La sencillez de su trato y la vivacidad de su conversación templan en él la austeridad rígida de su vida y el aspecto monacal de su persona. El Cardenal es siciliano. Sus cabellos, negros como el azabache, el color moreno, las facciones acentuadas y la exuberancia de gestos denotan su origen meridional. Su piedad llega al ascetismo. Se asegura que la púrpura cubre un cilicio y que dos veces á la semana se disciplina como un fraile de la Edad Media.

El Cardenal Rampolla fué, como es sabido, Nuncio en Madrid. Merced á sus excepcionales dotes, supo alcanzar una posición preeminente, y su marcha se sintió muchísimo. Nadie mejor que él, por su diplomacia correcta, virtud afable y maneras finas y corteses, para representar á la Santa Sede en la Corte más católica de Europa.

En el Vaticano sabe mantenerse en su alto cargo con tacto y distinción que nadie niega. Todos los extranjeros, aun los no católicos, que tienen la honra de hablarle, quedan encantados de la cordialidad con que los acoge y de lo agradable que es su conversación. Además, el Cardenal Rampolla—y ésta es una de las cualidades que más aprecia León XIII—es trabajador y diplomático asiduo y concienzudo, que estudia y profundiza las cuestiones. Bajo este aspecto, difícil es que León XIII hubiera podido tener mayor acierto.

De vez en cuando se anuncia que va á retirarse, pero eso son invenciones de periodistas faltos de novedades. El Cardenal Rampolla será el último Secretario de Estado de León XIII. Difícilmente hallaría el Papa servidor más dócil y colaborador más afecto.

LEÓN XIII SIGUE LA TRADICIÓN EN EL SÉQUITO INMEDIATO

En otro tiempo los Papas, al principio de su pontificado, acostumbraban rodearse de sus parientes, á los que colmaban de dignidades y conferían los más altos cargos de la Iglesia. El sobrino del Papa recibía de derecho la púrpura con el título de Cardenal Padrone. Seguramente que el nepotismo fué un abuso deplorable, pero hay que confesar que procedía de las

fibras más profundas de la naturaleza humana y de lo que constituye el carácter esencial del temperamento italiano, por lo común desconfiado y receloso. Rodeábanse los Papas de sus parientes porque, temiendo que los engañaran ó traicionasen, buscaban con preferencia á todo auxiliares seguros y fieles. León XIII cedió al mismo sentimiento, cuando al ser elevado al pontificado llevó consigo á su pequeña corte de Perusa—Monseñores Laurenzi, Angeli, Boccali, Sattilo, etc.,—todos, por lo demás, hombres de gran mérito y de valía incontestable. El Cardenal Laurenzi, antiguo Vicario mayor del Arzobispado de Perusa, se ve ahora condenado á la inacción por una enfermedad incurable. Monseñor Sattilo, que ha representado al Papa en la inauguración de la Universidad de Washington, es teólogo esclarecido y uno de los candidatos á la púrpura.

MONSEÑOR BOCCALI

Monseñor Boccali no tiene ningún cargo oficial aparente, pero es sin duda la persona eclesiástica que más influye en el Papa, puesto que es su confidente íntimo, el *alter ego* de León XIII; es quizás el único hombre que ejerce acción en el Papa. Modesto y reservado por naturaleza, Monseñor Boccali procede discretamente, mas su influencia oficiosa vale por todos los apoyos oficiales. Bien lo saben los que conocen el Vaticano. Monseñor Boccali da audiencias á los Embajadores, y los personajes más elevados—diplomáticos, Prelados, Príncipes y Cardenales—se aprietan en su antecámara. Su inteligencia es sutil, clara, intuitiva. El Papa estima la penumbra en que se mantiene, y ningún asunto importante y delicado se resuelve en el Vaticano sin que León XIII consulte á Monseñor Boccali y oiga su parecer. Por desgracia está enfermizo; su color pálido, delgadez y aspecto modesto y bondadoso hacen que recuerde á San Luis de Gonzaga. Pero el exterior tranquilo oculta su naturaleza firme y enérgica. Por sus virtudes y conocimiento de los negocios y por la profunda experiencia que ha adquirido en la gran escuela de diplomacia en que le mantiene la confianza del Papa, cuando sea revestido de la púrpu-

ra Monseñor Boccali está destinado á un alto porvenir en la Iglesia.

Monseñor Angeli, Secretario particular del Papa, es un sacerdote sumamente piadoso y de un desinterés y discreción á toda prueba. Recientemente hizole el Papa beneficiado del Cabildo de San Pedro, destino que puede producir de tres á cuatro mil pesetas al año. Monseñor Angeli dijo á uno de sus amigos que ese era el término de sus aspiraciones. ¡Si tuvieran todos los soberanos servidores y cortesanos tan fáciles de contentar!....

Se siente algo celosa la prelación romana de la influencia de los perusinos, pero los respeta porque su integridad está por cima de toda sospecha y nunca se les ha podido reprochar que hayan aprovechado su situación privilegiada para fines ambiciosos é interesados; cosa rara en todas las cortes, aun en la del Vaticano.

UN GRAN PAPA

Al lado del hombre íntimo, cuyos distintos y complejos aspectos he tratado de bosquejar, deberíamos estudiar en León XIII al político, al diplomático y al doctor; pero habría de salirme de los estrechos límites de este estudio y no bastaría un tomo para ello.

Al que ocupa hoy la Santa Sede se le considerará seguramente como uno de los grandes Papas de la historia. Así como goza de la admiración y del respeto de su siglo, no le rehusará la posteridad su estimación colocándole en el lugar que merece, al lado de Inocencio III, el Papa de las grandes y fecundas iniciativas; de Nicolás V, el Papa del Renacimiento, fundador de la biblioteca del Vaticano, y de Benito XIV, el Papa docto que caminó á la par de los más ilustres genios de su época. En un siglo en que, por decirlo así, celebra la fuerza material su apoteosis, León XIII ha tenido la gloria de resucitar, bajo la forma más tangible, la fuerza moral del Papado. Ha repuesto esta institución secular, que algunos creían inmobilizada y momificada para siempre, sobre las cúspides de la sociedad como faro iluminador del porvenir; ha rehecho la

fuerza universal y social por excelencia. Con León XIII torna á ser el Papa, según la feliz expresión de José de Maistre, el jefe natural, el promotor más poderoso, el gran Demiurgo de la civilización universal.

SU MODERNISMO

León XIII es un Papa moderno en cuanto lo permite la tradición del Pontificado romano, en donde el miedo á las innovaciones y el respeto á la costumbre son á veces excesivos. Estima y comprende su época, y por eso ha podido influir en ella de modo tan notable. No desconoce nada de su siglo. Á la par que en sus Encíclicas ha sondeado todas las debilidades, ha sabido comprender también todas las necesidades y todas las aspiraciones sanas. Se ha hecho cargo y ha discernido en todas sus consecuencias y múltiples ramificaciones del hecho capital del siglo XIX, esto es, del progreso de la democracia. Puede temer los excesos ó reprobar los extravíos de la nueva fuerza, pero no la condena en ninguna de sus manifestaciones legítimas. Como en otro tiempo su predecesor Pedro, sobre las ondas del lago Genezareth, el Padre Santo ha arrojado sus redes sobre el mar inmenso que se ve subir en el horizonte de lo futuro, y no ha temido aventurar en él la barca que dirige. La cuestión social, temeroso enigma que se presenta en el umbral del siglo XX, se ha convertido en el centro de sus nobles preocupaciones, y en este mismo momento da la última mano á una Encíclica, en la que expone su opinión acerca de las diferentes soluciones que ofrece el terrible problema (1).

El Papa comprende la necesidad y el poder de la prensa, si bien titubea á veces en manejar el instrumento. Es lector asiduo y apasionado de los periódicos y revistas, novedad y atrevimiento para un Papa. Todavía hoy las tres cuartas partes de los viejos Cardenales romanos no están lejos de tener á los periódicos por invención de Satanás, y, hasta los suyos propios no les inspiran confianza alguna. León XIII, que siem-

(1) Como antes dijimos, ya se ha publicado este admirable documento.—
(Nota del traductor.)

pre fué afecto al periodismo, tiene órganos particulares, á los que subvenciona como un simple ministro constitucional. Al comienzo de su pontificado, *La Aurora*; actualmente, según dicen, *El Monitor de Roma*. Muéstrase siempre muy dadivoso con los diarios que acuden á su generosidad. Los Papas del Renacimiento pagaban á peso de oro los manuscritos de la antigüedad para enriquecer su biblioteca. ¿No es hoy obra tan útil y meritoria en su género el sostener un órgano que propague las ideas y defienda los intereses del catolicismo? Lo únicamente sensible es que se camine con tanta timidez por este terreno, y que tan pocos Prelados y Cardenales italianos alcancen en ese concepto la amplitud y el modernismo de ideas que caracterizan á León XIII. Suele decirse que la Iglesia acostumbra retrasarse en su siglo cuando no llega tarde al tren, reproche que difícilmente podrá hacerse ahora al Papado, porque León XIII ha puesto particular empeño en seguir todo el movimiento de su siglo, adaptando la acción de la Iglesia á las nuevas condiciones de la sociedad.

EL MEJOR GOBIERNO.....

Algunos, entre los católicos del continente, quisieran clavar la Iglesia al pasado, ligarla con el cadáver de las instituciones muertas. León XIII no es de esa escuela. Si respeta las monarquías en donde quiera que aparecen fundadas sobre el derecho tradicional y popular, no le asustan las repúblicas. En Francia impele á los católicos á que se adhieran al régimen actual con el fin de mejorarlo. En el Brasil lo mismo. La caída de D. Pedro, cuyo régimen protector disimulaba mal su profunda hostilidad á la Iglesia, fué saludada con alegría por todos los católicos brasileños y no causó pena alguna en el Vaticano. Á los católicos brasileños que imploraron sus consejos les contestó el Papa:

«Aceptad la república; procurad imitar á los católicos de los Estados Unidos, que han colocado sus derechos y libertades bajo el paladión de las instituciones libres y del derecho común.»

Los Estados Unidos no tienen amigo más sincero y admirador más profundo que León XIII. Cuando Cleveland, con motivo de su jubileo, le envió como regalo un ejemplar ricamente encuadernado de la Constitución de los Estados Unidos, León XIII aceptó aquel obsequio con preferencia á todos, y pudo pensar, al recibirlo, ya que no lo expresara explícitamente, que tenía en sus manos la carta de las sociedades del porvenir.

Á fines de la época de Pío IX hallábase humillada la soberanía pontificia. León XIII le ha devuelto, con el respeto de los Gobiernos y de los pueblos, el prestigio é influencia de que disfrutó en los tiempos heroicos de su historia. Rara vez ha brillado la tiara con resplandor tan puro, con radiación tan viva é intensa.

Orgullosa puede hallarse el catolicismo de saludar en su Jefe actual á un hombre cuya grandeza de carácter y entendimiento privilegiado hacen que sus contemporáneos le admiren y estimen y que le coloquen por cima de todos los soberanos del siglo XIX.



APÉNDICE

Al terminar la traducción que precede cae en nuestras manos la *Revue Politique et Littéraire* de París, correspondiente al 30 de Mayo último, y en ella vemos un artículo del docto D. Pablo Laffitte. Por lo mismo que este ilustre pensador profesa opiniones en cierto modo contrarias á las nuestras, son de mayor importancia, en esta ocasión, sus juicios laudatorios, y ya que amablemente nos autoriza, vamos á transcribir buena parte del trabajo.

Dice el Sr. Laffitte que ve en la publicación de la Encíclica *De conditione opificum* un hecho que puede tener grandísimo alcance, y continúa: «Para juzgar este hecho, no desde el punto de vista religioso, sino desde el punto de vista social, hay que prescindir por un momento de nuestras creencias ú

opiniones, cualesquiera que sean; hay que preguntarse si existe en el mundo autoridad moral que pueda compararse, ni aun de lejos, con la autoridad del Papa. El escritor, el filósofo y el hombre de Estado se dirigen á algunos centenares ó millares de oyentes ó lectores; al joven Emperador de Alemania mismo, cuando trata las cuestiones sociales entre un discurso militar y un discurso pedagógico, sólo le escucha su pueblo. ¿Qué son libros y discursos al lado de esa palabra que, comentada por el clero católico, desde el Obispo al cura de aldea, repercute hasta los últimos confines del mundo civilizado? Muchos no quieren ver en la carta de León XIII más que una manifestación puramente platónica y nos dicen que nada ha cambiado en el mundo: lo cambiado es que millones de hombres que vivían ignorantes ó descuidados de las cuestiones sociales, sabrán que éstas se nos imponen y que ha llegado la hora de elegir: ó canalizar el torrente, ó que nos arrastre.

*
* *

El Papa ha visto claramente los dos peligros que amenazan á la sociedad moderna: el socialismo de Estado y el individualismo nivelador. Al hablar de los salarios, de la duración del trabajo y de la disciplina del taller, manifiesta que no quiere «que los poderes públicos intervengan en cuestiones en las que su acción sería inoportuna.» Pero al mismo tiempo nos presenta al individuo «aislado é impotente,» desde que desapareció la antigua organización del trabajo y se rompieron los viejos moldes sin reemplazarlos por otros.

Se ha preguntado: ¿es socialista León XIII? Habría que decir primero lo que se entiende por la palabra socialista; según el sentido que se le dé, será fácil contestar *sí* ó *no*. Si socialista es el que quiere trastornar el orden social, el Papa evidentemente no lo es: se nota esto desde las primeras líneas, en las que busca el origen de la propiedad en la razón humana y protesta contra el colectivismo en términos que no desdeñaría el economista más ortodoxo. Pero si se llama socialista al hombre que aspira á mejorarlo todo sin destruir nada, entonces el Papa es socialista; entiende que no está todo de la me-

jor manera en el mejor de los mundos; quiere más bienestar, más seguridad y más justicia, y las reformas que cree necesarias las pide á la libertad y á las instituciones que nacen de la libertad. No es dudosa su opinión en este punto, ya diga que la duración de la jornada debe variar con la naturaleza del trabajo y las circunstancias de tiempo y de lugar, ya insinúe más adelante que se debe fijar el salario por mutuo consentimiento entre los obreros y patronos. ¿Qué papel reserva al Estado? Cuidar de la moralidad é higiene del taller; proteger á los débiles, á la mujer y al niño, y, sobre todo, procurar que se respeten los contratos. Sin embargo, la acción de los poderes públicos será la excepción, no la regla; el Estado sólo ha de intervenir cuando la necesidad lo exija, *si res postulaverit*. La regla es la libertad cuyos límites se trazan en la Encíclica del modo que sigue: «Es justo que el ciudadano pueda obrar en todas las cosas libremente, con tal que no atente contra el bien público y no perjudique á otro.»

Suponed ahora que habéis encontrado esas ideas, no en la Encíclica, sino en una obra anónima, y que os preguntan: ¿Quién ha escrito eso?—Contestaréis: Un socialista liberal.—Pocos hombres hay hoy día á los que se pueda aplicar ambos epítetos á la vez, y precisamente porque León XIII es uno de esos hombres, interesa examinar cómo se desenvuelve su pensamiento. Convenido que la libertad es el instrumento de las reformas sociales; pero ¿hay que contentarse con la libertad individual? ¿No es de temer que el individualismo sin freno lleve un día ú otro á la guerra de clases? León XIII, como tantos otros, se ha hecho estas preguntas, y como tantos otros también, concluye que la libertad individual no basta. Insiste en la verdad de que el hombre ha nacido sociable; compara las sociedades privadas que existen en la ciudad con las partes de un todo; ve en la libertad de asociación una de las formas más necesarias del derecho natural, y, por último, observa con razón que el Estado se ha instituído para salvaguardia de ese derecho natural y no para aminorarlo. Lo que dice en favor de la asociación libre es una de las páginas más elocuentes y de mayor actualidad de la Encíclica.

*
* *

Preguntarán los individualistas: ¿Se nos quiere volver á las agremiaciones? Sí, la fuerza de las cosas nos lleva á los gremios; los elementos disgregados tienden á aproximarse por sí mismos; no lo impediréis, y en lo porvenir, esos mismos gremios que hoy os inquietan serán una garantía de orden y conservación. Tranquilizaos, no obstante, que no se trata de restaurar el régimen gremial de la Edad Media. Á nuevas costumbres y necesidades, nuevas instituciones; todos comprenden que los gremios de mañana han de fundarse en la libertad y no en el privilegio.

Para León XIII los gremios están llamados á desempeñar un gran papel: espera que asociaciones mixtas, compuestas de patronos y obreros, acercarán clases ahora divididas; opina que descartando cada vez más la intervención del Estado, podrá confiarse á dichas asociaciones el cometido de arreglar en cada caso particular la duración del trabajo y el importe de los jornales; entrevé un momento en que las instituciones corporativas, constituyendo una especie de jurisdicción moral, conseguirán que reine la armonía en el taller industrial. Aunque es posible que haya algo de utópico en estas conclusiones y aunque es cierto que en lo que dice el Papa de los beneficios de la asociación se refiere principalmente á las instituciones católicas, no es menos cierto que la idea general que se desprende de la Encíclica debe meditarse por cuantos están convencidos de que se ha abierto la era de las cuestiones sociales y de que para resolverlas hay que acudir á la libertad.

Acaso á la hora presente esa doble convicción esté más generalizada de lo que se cree. Hombres divididos por opiniones políticas, creencias religiosas ó doctrinas filosóficas, coinciden en un sistema de ideas que, á falta de otro nombre, se llama socialismo liberal. Entienden que es un mal el aislamiento de los individuos, pero que también lo es la intervención del Estado en los asuntos privados. Están convencidos de que á la marea ascendente del socialismo autoritario sólo puede oponerse útilmente la asociación libre. Á su juicio, lo que más urge en la época actual es una ley que reconozca y dirija el derecho de asociación.

Los que así piensan, sea cualquiera el partido, iglesia ó es-

cuela á que pertenezcan, leerán la Encíclica con interés y respeto, y agradecerán á León XIII que, con la autoridad que le es propia, haya llamado la atención hacia las cuestiones sociales y hecho que se estudien; que se haya dirigido á patronos y obreros con igual franqueza, señalando á unos y á otros lo que pueden esperar de la asociación y de la libertad, y, por último, que en el conflicto de intereses y pasiones, haya hecho oír la voz de la justicia, de la moderación y de la paz social.»

Por la traducción,

RAFAEL ÁLVAREZ SEREIX.





ROSARITO

(Continuación.)

II

Cuando llegó el siguiente día y, tras el reparador sueño de la infancia, sintió Rosarito calmados sus desasosiegos é inquietudes de la víspera, lo primero que la acometió fué un vivo y punzante remordimiento. ¿Qué profunda turbación había sido la suya, para llegar hasta hacerla olvidar á su sin par amiga, á su discreta confidente, á su idolatrada Dubarry? Acudirle este pensamiento y correr á satisfacer á la preterida muñeca fué todo obra de un indivisible momento. En la mente de la chiquilla, que tomaba á su juguete mucho más en serio que otras más talluditas toman á los muñecos grandes con que juegan, bullían mil protestas de cariño y mil propósitos de agotar su pingüe caudal de ternezas y mimos hasta conseguir que el justamente fruncido ceño de su favorita se desarrugase y tornara á ser el mutuo afecto tan sincero é igual como en los pasados días. Ocurriósele bajar al jardín para arrancar unas cuantas flores y formar con ellas el prometido *bouquet*; mas al punto arrojó de sí tal idea como indigna de quien tan nobles y leales propósitos llevaba en el alma. Y desechada esta postrera vacilación, entró como

un torbellino en su cuarto de jugar y cogió en sus brazos á la ofendida muñeca. Seriecilla estaba, sí á fe. Tanto que á pesar de los agasajos y zalamerías de su dueña, se conservó impasible y muda, como si en aquel premeditado silencio se encerrase la más elocuente de las protestas. Y era, en efecto, elocuentísimo. Rosarito, que conocía muy á fondo el carácter, los gustos, la exquisita delicadeza y la excesiva susceptibilidad de la Dubarry, traducía sin esfuerzo lo que querían expresar aquella boquita obstinadamente cerrada, aquellos ojuelos de mirar frío y desdeñoso, aquel gesto en que la altanería había conquistado por entonces el primer lugar.

—Sí, sí—decía la muñeca,—muchas carantoñas y palabritas dulces ahora, cuando estamos en la soledad de este cuarto, sin amiguitas que nos distraigan, ni coches que nos paseen, ni otro recurso que yo para engañar el tiempo. Vaya usted, vaya usted á buscar diversión en otra parte, donde la encontré ayer, mientras yo bostezaba de tedio entre todos estos ignorantes sin sustancia. ¿Cree usted aún que es merecedora de mi afecto? ¿Que yo debo volver á fiar en quien tan presto me burla y me olvida? Tardará, señora, en borrar-se de mi alma este doloroso desengaño, y necesitaré nuevas y patentes muestras de que no ha desaparecido el antiguo afecto para tornar á ser la que fuí.

—Antes de lo que piensas me volverás tu cariño—pensó Rosarito sonriendo con alegría,—y comprenderás que si es cierta mi falta, hay razones tan poderosas que, si no la justifican, la excusan casi por completo. Ahora no puedo concederte más tiempo: es la hora de las lecciones, y sabes que mamá es en esto intransigente; pero después de almorzar volveré á subir y charlaremos largo y tendido. Adiós, querida..... Fuera rencores y resentimientos..... Mira que necesito de tu consejo y de tu ayuda..... Toma un beso..... Adiós.

No uno, sino varios ruidosos besos estampó la chiquilla en la sonrosada faz de la Dubarry, y, tras de dejarla cuidadosamente arrellanada en su espléndido sillón tapizado de rica tela de seda, salió de la estancia, en la que volvieron á reinar la quietud y el silencio, turbado sólo por el tenue zum-

bido y el rápido revoloteo de las moscas, obligados galeotos de los amores de aquel mundo de cera y porcelana.

Cumplió su palabra Rosarito. Á poco más de la una de la tarde, cuando todo en la casa parecía reposar, y las corridas persianas y los caídos transparentes dejaban á media luz las habitaciones, y había terminado por completo la batahola de la matutina limpieza, entreabrió con suavidad la puerta de la morada de su amiga, entró y la cerró tras sí. Pocos muebles, y esos desemparejados y paticojos, había en la estancia; pero en el centro de ella, que era grande y destartalada, sostenida en recias argollas agarradas á las paredes, una lujosa hamaca se tendía, ostentando en la cabecera un bordado almohadoncillo en que las iniciales de Rosarito grababan artístico arabesco. Echóse en ella la chiquilla, cariñosamente abrazada á la muñeca, y.....

¿Y cómo explicar lo que allí pasó? ¿Cómo hacer verosímil aquella verídica escena, de cuya certeza á mí, que escribo la presente historia y que poseo datos tan auténticos para emprender tan arduo trabajo, no me puede caber ni la más ligera sombra de duda? ¿Cómo hacer comprender al escéptico lector la verdad de aquel memorable diálogo entre una rapacilla de doce abriles, curiosa y ávida de seguir el ejemplo de la madre Eva, y una muñeca á la que, como á todas las de su casta, hemos convenido con ligereza punible en negar discurso é inteligencia, y que, sin embargo, pese á los documentistas y fotógrafos de la realidad, poseía vivísimo ingenio y tan copioso caudal de experiencia como pudiera poseerlo su antepasada rediviva? Lo único que mis apuntes no dicen con la claridad que yo deseara es si la plática se efectuó estando Rosarito despierta ó dormida; y, suponiendo este último caso, cabe la deducción de que la escena tuvo por teatro, en vez del arrinconado desván, el propio espíritu de la muchacha que duplicándose por misterioso fenómeno psicológico, y adoptando, ora el rostro inquisidor de Rosarito, ora la picaresca faz de la Dubarry, mantuvo por sí solo aquel diálogo cuyas escabrosidades y sutilezas le hacían semejante á peligrosa caminata por senda tortuosa que serpeará entre zarzas y precipicios. ¡Cuán digno de concienzudo

y reposado análisis fuera este peregrino caso si yo poseyera, amén de la paciencia que tan intrincado problema demanda, el superior ingenio que requiere tal labor! Dírame Dios, no ya la finísima pluma de un Bourget ó la atildada y rebuscadora de un Picón, con ser ambas de oro y haber alcanzado justa y bien ganada fama, sino aquellas con que nuestros místicos hablaban de inenarrables afectos, y sorprendían imperceptibles mudanzas del ánimo, y escudriñaban sus más escondidos pliegues, y contaban sus más secretas palpitaciones en aquel vigoroso y clarísimo estilo que tenía destellos y vislumbres de divino dictado, y pusiera yo aquí en claro el inexplicable suceso, y hasta el más burlón y escéptico rindiérase á mis firmes argumentos y bien concertadas razones. Por mi desdicha, empresa es ésta superior á mis débiles fuerzas y cuya sola consideración me aterra y empequeñece: por lo cual, y pensando, por otra parte, que bien habrá quien fíe en mi honrada palabra de narrador de verídicos sucesos, voy á transcribir el famoso diálogo sin quitar ni poner en él punto ni coma.

—¡Ay, querida Dubarry!—comenzó Rosarito.—Si tú supieras qué acontecimientos, qué novedades turbaron ayer mi existencia, segura estoy de que me perdonarías el olvido de que con razón te quejas.

—Si es verdad la confianza que tan repetidas veces me has dicho que tenías en mí, cuéntame esos acontecimientos y esas novedades, y después veremos si mereces el perdón de que hablas.

—Pues sí que te los voy á contar. ¡Como que tengo ansia de comunicar á alguien mis impresiones y mis angustias, y ese alguien no puede ser más que tú, mi cariñosa confidente, mi predilecta amiga!....

—Déjate de mimos—interrumpió la muñeca impaciente—y vamos al grano. ¿Qué te pasó ayer?

—En primer lugar, debo decirte que mi estado de ánimo durante todo el día fué, para mí misma, inexplicable. ¡Qué sobresaltos por la palabra más baladí! ¡Qué sacudidas nerviosas por la frase ó la mirada más insignificante! Tú sabes bien que para todos, excepto para tí, soy retraída y poco

afectuosa; pues ayer creció hasta tal punto mi retraimiento que huía, sin darme cuenta de ello, de la presencia de las gentes y me empeñaba, sin advertirlo, en estar sola, como si en aquella soledad, que buscaba inconscientemente, se me hubiera de revelar algún misterio, hubiera de aparecérseme algo esperado de mucho tiempo atrás y que no acertaba yo á definir de una manera concreta. ¿No te ha pasado á tí nunca vivir en una intranquilidad inmotivada aguardando sin saber qué, sufriendo un inexplicable deseo, apeteciendo un ignorado manjar?....

—Sí—respondió la Dubarry con amarga sonrisa.—Continúa tu relato, que temo adivinar la causa de tus inquietudes.

—Así pasé el día y observé, en los momentos en que por fuerza hube de permanecer en compañía de los expedicionarios, que á Joaquín, al novio de Crista, le debía ocurrir algo análogo á lo que á mí me acontecía. También él, tan comunicativo y dicharachero, escaseaba las palabras y dejaba morir las conversaciones, que de continuo atiza con el fuego de su verbosidad; también él aparecía preocupado por alguna idea fija, quizá más explícitamente formulada en su cerebro que en el mío la que me atormentaba envuelta en tupidas nieblas; también él se mostraba desasosegado é impaciente, cual si esperase sin calma algo que le importaba mucho y que se hacía aguardar de sobra. Mil veces te he dicho lo mucho que me quiere Joaquín, y tú misma has sido testigo de sus inequívocas pruebas de cariño: pues ayer ni me miró, ni me dirigió la palabra, ni mucho menos jugó conmigo apostando, como de costumbre, besos contra pescosones.....

—¿Y no era eso lo que te entristecía?—preguntó repentinamente la Dubarry.

Rosarito reflexionó un momento; luego dijo con decisión:

—Puede que tuviera eso parte en mi tristeza. Pero no era la causa, estoy segura; la causa es otra, que todavía ignoro, y que todavía me atormenta, y que.....

—Bien, bien: no te aflijas. Entre las dos despejaremos la incógnita. Sigue el cuento, si es que queda algo.

—Lo mejor. Si ahora es cuando empieza. Al caer la tarde, bajaron todos los convidados á jugar al jardín, y en él sorprendí..... No serás capaz de adivinar qué.....

—No quiero intentarlo.

—Un secreto entre Crista y Joaquín. Se vieron á solas en lo más oscuro del bosquecillo. Ella le dió una carta. Él la leyó y echó á correr muy alegre. Se le cayó del bolsillo..... La cogí yo y me la traje á casa, sin atreverme á leerla á mi vez, por temor de que me sorprendieran con ella en la mano.....

—¿Y cuándo la leiste?

—Cuando me quedé sola, en la cama, después de acostarme. Crista le daba una cita á Joaquín para anoche, á la una, en el jardín de esta casa, señalándole el sitio de la verja á que debía acercarse para hablar con ella..... y yo, yo no acierto á explicarte lo que sentí después de devorar aquellos breves renglones. Era gozo y pena á la par. Me parecía que la carta estaba escrita por mí, y me dolía leer al pie de ella el nombre de mi hermana..... Experimenté á la vez un vehementísimo deseo de bajar yo también al jardín y acudir á la cita, y me vestí en un decir Jesús, y salí á tientas y, guiada por algún superior instinto.....

—¿Lograste tu propósito y no fuiste sorprendida y bajaste al jardín á entrometerte en los amores de tu hermana?—interrumpió la muñeca, que hacía rato daba visibles muestras de querer hablar y sermonear á la resuelta chiquilla. —Pues mal hecho, muy mal hecho. ¿Qué te importan á tí esos diálogos de dos novios, ni por qué esa curiosidad intempestiva, ni qué afán es ese de espiar los pasos de Joaquín?

—Si eso es lo mismo que yo me digo. Si comprendo que no obré como debiera, y eso es lo que me apena é intranquiliza. Por eso te cuento mis angustias y te añado que todas esas malas acciones, ese espionaje, ese robo de la carta, todo, todo lo hacía creyendo, sin saber por qué, que en el papel, en la cita, en el diálogo que pretendí oír, iba á encontrar la razón de mi melancolía, la medicina de mi mal.....

—¿Y no hallaste sino su acrecentamiento?

—¿Verdad? ¿Cómo lo sabes?

—¡Ay, Rosarito! Olvida todo eso que me has contado, fía en mi experiencia, rompe la carta.....

—La he roto.

—Y vamos á jugar á visitas como otras tardes, en vez de estar aquí devanándonos los sesos por los amoríos de tu señora hermana.

—Como quieras. Pero deja que antes remate el cuento y te haga dos preguntas.

—Bueno.

—Aunque me coloqué muy cerca de Crista, oculta por un rosal enorme y segura de que la pobre estaba bien ajena de tenerme á su lado, no pude oír casi nada del diálogo. Frases sueltas, sin sentido, pero con acento cariñoso, una despedida muy larga, y, como último adiós, el sonido de un beso.....

—¡Rosarito!.....

—Sí, un beso. Un beso que me estremeció de pies á cabeza como una sacudida eléctrica, un beso que me hizo recordar con desdén todos los que el mismo Joaquín me ha dado á mí á centenares, un beso que se me antojó el principio de la revelación que yo esperaba desde por la mañana de aquel día. ¿Acerté?

—No. Te equivocaste—respondió la Dubarry con inusitada sequedad de tono y de gesto.

—Pues mira, hubiera jurado lo contrario. Me pasó lo mismo que á uno que fuera caminando por espesísimo y obscuro bosque y de pronto divisara á lo lejos una lucecilla que le anunciase el término de su viaje al par que la claridad ansiada. Sentí que se me aflojaba la venda que me tapaba los ojos, que se me aliviaba la angustia sufrida tanto tiempo, que la vista del soñado manantial calmaba mi sed con la certidumbre de llegar á saciarla.

—Te repito que estás en un error.

—Y si estoy en un error, dime: ¿por qué Joaquín, que ve todos los días á Crista y que habla cuando se le antoja con ella, mostró tal empeño y se sintió conmovido de tal ansia por conseguir la cita en el jardín y á hora tan desusada y misteriosa? ¿Por qué mi hermana, tan resuelta y cariñosa con

todo el mundo, vaciló tanto antes de concedérsela como si por un lado la inclinase á consentir el afecto, y por otro á negarse un temor cuya causa desconozco? ¿Por qué me impresionó tan hondamente el chasquido de aquel beso, que no puedo desechar su recuerdo de mi memoria? Todas esas preguntas quería hacerte y á todas espero que me des respuesta. Nada me queda que contarte. Habla y díme que perdonas mi olvido y mi ausencia y ayúdame á salir de este laberinto de ideas que me abrumba y á desenredar esta madeja de inquietudes que me sofoca. Habla.....

Parecióle entonces á Rosarito que la muñeca crecía insensiblemente hasta llegar á tener una estatura y unas carnes semejantes á las de su hermana Crista; que saltaba de la hamaca y, ahuecándose antes con dos ó tres ligeros toques el vestido, se volvía hacia ella sonriente, haciéndole una graciosísima y cortesana reverencia; que aspiró luego con fruición el frasquito de sales que del leve cordoncillo de oro pendía y que, por último, con una vocecita suave y aristocrática, con inflexiones ora zalameras, ora burlonas, rompió á hablar en estos términos:

—Maravilloso me parece tu instinto infantil, querida Rosarito. Él solo te ha hecho entrever mi verdadera personalidad y presumir que para tu mal desconocido no cabía mejor doctora ni consejera que la que tienes delante. Sí, por esta vez quiero mostrarme á ti la que realmente soy, la que tú conoces de oídas por las narraciones del célebre mulato francés que tantas veces has devorado; la que reinó en el corazón del monarca más grande y poderoso de Europa; la que comenzó vistiendo trapos viejos y llegó á desgarrar ricas estofas; la que se mofó del pueblo y murió en la guillotina: Juana Vaubernier, condesa de Dubarry. Yo sé el secreto que encierran esos besos cuyo sonido, llegando á tí á través del aire, te ha estremecido de placer cual si sintieras una voz amiga que te despertase; yo recorrí á tu misma edad, consumida por idéntica fiebre á la que ahora comienza á apoderarse de tu ser, ese sendero en que con tal deseo apeteces posar la planta; yo fuí después guía obligado de tan accidentado camino para muchos otros que se lanzaban á él asidos

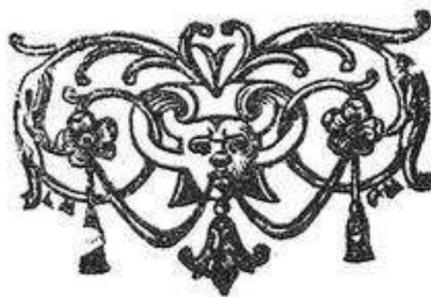
de mi manecita perfumada; yo conozco sus revueltas, sus bosques, sus abismos, sus desiertos, sus praderas y su término fatal; yo pudiera contestar á tus preguntas y satisfacer tus dudas y calmar tus ansias y disipar tus tinieblas y arrancarte la venda que ya sientes aflojarse en las sienes; pero ¡te quiero tanto! ¡has sido y eres para mí tan buena! ¡conozco tan á fondo los sinsabores y sobresaltos que te han de asaltar en cuanto tus ojos se abran á la luz de que anhelas gozar! que no consiento en ceder á tus súplicas, y me resisto á tus expresivas miradas, y me niego á hablar contigo de ese mal que te intranquiliza y atormenta. Bien á mi pesar adivino que el tiempo hará para tí veces de maestro, y mi mutismo de hoy no alcanzará otro triunfo que prolongar por breves días tu dichosa ignorancia. No importa. Bien hayan esos días, los únicos plenamente felices que te restan que pasar en este mundo: la primer gota del veneno que consume á la humanidad circula ya por tus venas: no tardará en abrasarlas y en consumirte, sin que sanes hasta que sólo quede de tí un viejo harapo de carne viviente. El verdugo, el tirano nunca saciado de víctimas te ha señalado ya como una de ellas: tú no puedes llegar á ser, como yo lo fuí, su aliada y cómplice, su sacerdotisa y ejecutora, y estás condenada á sufrir de continuo sus tormentos. Retrasa el instante, cierra los ojos, apriétate la venda, olvida tu mal. Y sobre todo, para evitar que la terrible epidemia se apodere de tí tan presto, huye de las caricias y los besos de Joaquín, para que no te recuerden el que dió á Crista. Y toma los míos con mi perdón y mi centuplicado afecto. ¡Ay, pobre Rosarito! No sabes tú cuánta razón tenías al calificar de grave y seria la causa de tu olvido. ¡Qué triste será el día en que abandones á tus muñecas para no volver á acordarte de ellas jamás!

Con tan elocuente perorata de la Dubarry acabó la plática, porque cuando la chiquilla fué á contestarla y á pedirle explicaciones del compasivo tono con que la había terminado, la halló junto á sí, en la hamaca, en la más desairada y peligrosa de las posiciones. Habíansele colado por las mallas un brazo y una pierna, no sin que se le cayera el primoroso zapatito, y, puesto el cuello sobre uno de los bordes, le colga-

ba la cabeza hacia fuera, con grave riesgo de que se deshiciese aquella nívea montaña de bucles que la coronaba. Acudió Rosarito en su socorro, la calzó y compuso, y como para recoger el zapato que estaba en el suelo tuvo que alzarse de la hamaca, olvidósele sin duda, al ponerse en pie, toda la retahila de preguntas y observaciones que pensaba formular y, tras de estampar dos sonoros besos en las mejillas de la discretísima Juana, salió de la habitación llevando en las suyas dos encendidas rosas de las que el sueño juguetón suele entretenerse en pintar en los rostros infantiles.

LUIS CÁNOVAS.

(Continuará.)





EL AÑO ARTÍSTICO-LITERARIO EN VALENCIA

1890

I

Una especie de marasmo, una anemia literaria, decíamos en el pasado año, historiando el movimiento del arte en Valencia correspondiente al 1889, parece que impera en esta ciudad. Tiempo hace que se nota una esterilidad literaria en este país, en el que han brillado poetas como Aparisi Guijarro, Arolas, Querol y otros que consagraron su pluma al cultivo de la poesía. Esterilidad que cada día se hace más de notar, con perjuicio del renombre literario que ha gozado esta ciudad como cuna del arte en la pluma y en el cincel; pero esta falta de vida, de inspiración, ha sido mucho más notable, con alarmantes síntomas, en el pasado año de 1890. ¿Es que la poesía, plegando sus alas, ha huído de esta región junto con el espíritu de Querol, Pizcueta é Iranzo? ¿Es que ha de quedar alimentado el sacro fuego del arte por el recuerdo de lo que fué en otros tiempos? Por hoy sí, desgraciadamente nada, ninguna luz se columbra en el cerrado horizonte literario: ningún heredero de la lira de aquellos poetas que honraron á Valencia, su patria, se presenta á recogerla de sobre la losa del sepulcro para hacer vibrar con el sentimiento y la fe en la religión de la bella literatura aquellas dulces notas que llenaron nuestra alma de inefable placer.

Triste porvenir para la patria de Ausias March, de Roig y de Rey de Artieda, de Guillén de Castro y del inspirado canónigo Tárrega: por hoy vemos desierta la tribuna del arte, el silencio reina en torno de los retratos de aquellos poetas, los círculos literarios agonizan en triste abandono, y en cambio en la Bolsa bulle esa ardiente juventud ansiosa de riquezas, atraída y dominada por la fiebre de oro, de gozes materiales.

El positivismo y el materialismo lo invaden todo, y si el templo de Mercurio rebosa en devotos á su culto, en cambio Apolo y sus hermanas viven en completo aislamiento, soledad y olvido. ¿Quién consagra hoy un tiempo precioso, que puede emplearse con ventaja en las combinaciones de cuatros, primas y descuentos, para invertirlo en estudiar los sentimientos integrantes de la belleza y combinarlos en sentidas composiciones que llenen nuestro espíritu del inefable placer que causa en nuestra alma el sentimiento de la belleza con su desinteresado y espiritual gozo?

Y ésta es la triste verdad, la realidad de los hechos: Valencia no cuenta hoy con una sola revista literaria, ni con un solo periódico destinado al cultivo de la literatura, como le tuvo en no muy lejanos tiempos. Hoy, si acaso, sólo tiene cabida en el cuarto bajo de los periódicos políticos, y aun eso como remedio para los días que escasee el interesantísimo original de las discusiones sobre desvergüenzas políticas, que es hoy la amena literatura que entretiene, distrae y preocupa. En aquel rincón del periódico solemos encontrar, en algún día, alguna composición poética que aparece hasta borrosa por el polvo que en el ojo de los tipos se había aposentado en el tiempo que compuesta en galerada esperó el día de la aparición en la hoja periódica. Valencia ha decaído literariamente cuanto ha progresado en la esfera de los intereses comerciales y materiales: el nivel del dinero, al subir, ha hecho bajar de una manera notable el del sentir estético.

Y la verdad es que, como decimos, falta estímulo, medios de publicación. *Las Provincias*, que dirige el Sr. Llorente, ha sido el portaestandarte de la literatura regional por algún tiempo, y hoy, convertido en periódico ministerial, pa-

rece que ha abandonado la protección que dispensaba á los literatos valencianos, y cultiva la literatura patria con folletines franceses de traducciones de fábrica. Así, pues, tampoco puede esperarse nada cuando no hay medios de publicación. En Galicia, en Valladolid, en Andalucía, en Burgos y en Zaragoza se encuentran editores que arriesguen su dinero por dar nombre á su país con publicaciones que traten de él y le ensalcen. En Valencia no sucede nada de eso. Aquí no hay biblioteca valenciana, no hay vidas de hijos ilustres de este país. Una biblioteca llamada selecta ha publicado obras de autores de todos países en sus cuarenta y ocho tomos, y entre tantos sólo lo ha hecho de trabajos de dos autores valencianos, originales de Enrique Gaspar y traducciones de Teodoro Llorente.

¿Será permanente este estancamiento materialista á que el espíritu de la época nos ha traído, ó de este sueño se levantará más potente al artístico genio de Valencia, que en pasados tiempos, y no muy lejanos, gozaba en ser una ciudad hija del arte y madre y cuna de artistas literarios de justa fama y renombre? Así lo esperamos; una crisis novelera de imitación del espíritu materialista de nuestros vecinos se ha apoderado de la ciudad; el genio de los valencianos, afecto siempre y entusiasta por las novedades, le conocemos todos los que hemos estudiado el carácter de este pueblo, más griego que latino, más napolitano que español, y que, ansioso siempre de novedades, déjase arrastrar por esa ardiente fantasía á las más atrevidas exageraciones. Hoy por hoy, el espíritu comercial y el ansia de riquezas y de goces materiales domina más el corazón de este pueblo de artistas; pero es indudable que, de la misma manera que se deja arrastrar por las novedades, llegará el momento en que, volviendo á dominar en él el espíritu filosófico que informa el carácter de los pueblos, de la misma manera que el de los individuos, volverá cansado á las tendencias de su genio, y volverá á cantar una vez cansado de contar, y el corazón se apoderará de nuevo de la cabeza, y el cálculo dejará su lugar al metro poético.

Pero en el ínterin el vacío, la soledad, la abstención reina

en el templo del arte, y tan sólo algún entusiasta canta en voz queda, como temeroso de ser él quien interrumpa el majestuoso silencio de las tumbas. El fuego no se ha apagado, como decíamos; mantíenele encendido en cuanto á las letras valencianas un querido amigo, el entusiasta amator de la lengua y glorias de su patria, el infatigable escritor D. Constantino Llombart.

Y al llegar á este punto de regionalismo y de lengua lemosina, no podemos menos de aplicar cuanto hemos dicho respecto de la literatura en la lengua nacional. Los que seguimos la marcha del renacimiento literario en las antiguas lenguas de *Oc*, hemos visto con extrañeza que tampoco en este país tomó el carácter que le ha impreso Cataluña. Más independiente, más puramente literario movióse en ésta; aquí no tuvo ni enseñó bandera alguna que tuviera ribete político, no; aquí solamente el amor á su lengua y á su patria movió la pluma de los escritores valencianos. Castilla para nada fué nombrada; nada de retrospectivismo político ni histórico; sólo la pintura de estas costumbres y de esta naturaleza tan hermosa, y por la que tan fanáticos son, como buenos hijos, sus naturales, fué la inspiración que guió su numen, y ved si no esa fresca y encantadora poesía de Barber, *La Llavadora valenciana*, tan llena de perfume y de sabor de esta tierra, como encantadora por la forma, en un lenguaje tan dulce como las rimas del Petrarca, y comparadla con *El Bresol*, de Pelayo Ruiz, inspirando en medio del amor patrio sentimientos políticos. No, el renacimiento literario de esta antigua lengua fué más espiritual que en Cataluña, si así se nos permite llamarlo. Aquí, entre los hijos de este país, sólo fué el culto al arte en la lengua de sus antepasados, y ese sentimiento guió y Hermanó á los poetas bajo la antigua y gloriosa bandera del Rat-penat, partidarios por otra parte de distintas escuelas políticas, que ante la hermandad de la poesía borraron sus diferencias como hombres. Pero aquello no pasó de un generoso intento: no sé si el cansancio ó cualquier otra causa no apreciable hizo que aquel culto no atravesara de la poesía lírica en sus varias manifestaciones y de la dramática en el género cómico.

La diferencia la marcamos en el año anterior, y hoy nuevamente la apuntamos: no es lo mismo en cuanto al lenguaje Cataluña que Valencia: allá se piensa, siente y reza en catalán; en Valencia, el pueblo mismo siente, piensa, reza, escribe y canta en castellano; ambos extremos marcan la diferencia que impulsaba el renacimiento literario; en Cataluña era más práctico, por cuanto que el olvido de la lengua era menor; el renacimiento por ende era más fácil: en Valencia el olvido de la lengua de sus antepasados era mayor; de aquí que el renacimiento había de ser más difícil, más costoso, más prácticamente trabajosa su reaparición.

Esta diferencia ha hecho que, como ya indicamos, en Cataluña el renacimiento haya tomado un rumbo más positivo; en cambio, en Valencia ha sido más idealista, y su campo de acción limitóse á la poesía lírica, y en alguna parte al teatro. En cambio, en el campo de la novela ni en el de la poesía objetiva no ha penetrado, y Valencia no puede presentar trabajos en su antigua lengua como la de la *Papallona* del eximio novelista Narciso Oller, ni poemas como los de Verdaguer. El esfuerzo que valientemente comenzó no ha pasado de un noble intento, pero el éxito no respondió al propósito, y de aquí que la literatura regional haya permanecido estacionaria, si no es que ha quedado amortiguada con el desaliento que han manifestado los poetas.

Tal vez debido á la falta de emulación, á la carencia de una Revista que fuera órgano de aquel renacimiento artístico, á la falta de un campo en que poder presentar el fruto de aquellos trabajos, tanto en el idioma nacional como en el propio del antiguo reino, sea debida esa carencia de obras de que hemos hecho mención al comenzar este inventario del pasado año 90 en el fecundo campo de las letras y de las artes.

Iremos, pues, presentando por el orden artístico, comenzando por la poesía, las piezas que constituyen los trabajos dados á la prensa en un año fecundo en desgracias y quebrantos para esta ciudad, que es digna de mejor suerte.

II

OBRAS POÉTICAS

Á la poesía lírica pertenecen las composiciones que han visto la luz pública en el pasado año, y en escasísimo número, siempre cada año menor en cantidad. Parece como que esos puros sentimientos del alma, esa emoción dulce y placentera que arde en nuestro pecho y en nuestra imaginación, llevándonos á cantar aquellos sentimientos desinteresados que refrescan nuestra alma, se van secando; que aquel frondoso rosal de la imaginación, de la fantasía y del corazón que producía las perfumadas flores de la poesía, embalsamando el ambiente y confortando los espíritus con sus bellezas, se va secando; afectos en que unas veces se expresaban los sentimientos tiernos y filiales hacia la bondad de Dios, enalteciendo su poder y amor con los mortales, y otras en sentidas quejas del alma, dolorida con los quebrantos del mundo en sus pasiones y luchas; ya también el puro y casto sentimiento del amor, expresado en dulces conceptos, que cual fresco rocío, caían sobre el alma refrescando nuestro espíritu y confortándonos para conllevar sus quebrantos; los desengaños de la vida, todo ese fecundo manantial de sentimientos, de ese modo de ver y considerar las cosas y los afectos del alma, va secándose, como decimos, de una manera aterradora ante el positivismo de la época. El cálculo sustituyó á la poesía, y al hermoso estío ó florida primavera del arte vino á imperar la fría ceniza del realismo matando las fuentes de la inspiración. Ya hoy nadie pierde el tiempo en expresar los bellos sentimientos del alma en aquella hermosa forma que dió nombre é hizo inmortal el de Herrera, Granada y León, no; hoy al corazón ha sustituido la cabeza, y á la métrica del sentimiento sustituye la métrica del interés compuesto. Se aguza el cálculo, pero se seca el corazón, y *El tanto por ciento*, de Ayala, representa exactamente nuestra sociedad, en que aun sentir y gozar con las nobles

expansiones del espíritu es hoy cuestión baladí, y las cuales, como sentimientos de honor y de afecto, se combinan en su conveniencia con la razón del interés ó del descuento con primas.

Cuando tales aspiraciones al materialismo, al goce sensual predominan, ¿es posible buscar espiritualización en las ideas, pureza en los sentimientos y goce con los placeres del alma? No, la aritmética crece, impera, y al apoderarse de la sociedad, seca las fuentes de los sentimientos y afectos puros del alma, y ésta, encerrándose en sí misma, calla, y avergonzada cual honrada y pura dama que de repente se encontrara rodeada de las bacantes de una orgía, se esconde y cubre su cara para ocultar su rubor en medio de aquellas mujeres que se burlan de sus temores. Por esta razón, y por la de que ya hoy nadie emplea el tiempo en la lectura de versos, como no sean los estudiantes, y aun éstos dedícanse, merced á la libertad, mejor dicho, nos corregimos, al libertinaje de la prensa, á la lectura de versos pornográficos, de que por desgracia está plagado el mercado literario, por esta causa tal vez miran hasta con asombro y espanto no sólo al que pierde el tiempo haciendo versos, rindiendo culto á la belleza en su propia y genuina expresión, sino tanto más al que gasta su dinero en imprimir composiciones que sirvan de pasto á las necesidades del espíritu.

En esta categoría de cultivadores de nobles aspiraciones del espíritu, de sacerdotes del culto de lo bello y lo bueno, debemos colocar al Sr. D. José Peris y Pascual, presbítero. Su libro titulado *Armonías poéticas* (imprenta de Canales, un volumen en 8.º marquilla, 434 páginas) pertenece al buen género literario, del que escasas muestras se presentan desgraciadamente en el literario campo, y es una de las pocas publicaciones de valer y de verdadera sustancia que han salido de las prensas valencianas en el pasado año. Conocido es ya su autor en la república literaria por sus sentidas composiciones de carácter religioso, y en las que brilla no sólo el carácter de su misión sacerdotal, sino la más pura inspiración y delicadeza en el sentido de la preceptiva literaria. Algunas de las composiciones que encierra tan estimable vo-

lumen fueron justamente premiadas en certámenes literarios, y las cuales sólo se habían publicado sueltas en algunos periódicos; hoy, con contentamiento de los amantes de la buena literatura, aparecen coleccionadas y dividido el tomo en cinco partes, que corresponden á la primera *Poesías varias*, y que, como se comprende, encierra aquellas que no tienen un marcado sabor religioso, pero informadas en la más recta moral y el más puro y pulcro gusto literario. Comprende bajo el título de *Poesías religiosas* las hermosas y sentidas traducciones de Salmos de David, motivos suficientes de por sí, por su alta inspiración y sentido literario, para hacer brillar en tan hermosas traducciones el estro poético del Sr. Peris Pascual. Completan la sección otras poesías que no desmerecen en nada en cuanto á concepto poético con las traducciones de los citados Salmos. *Poesías místicas* es el título de la parte tercera, y *Leyendas* es el de la cuarta; son éstas de carácter histórico y versan sobre los asuntos siguientes: *Destierro del Cid*, *Los mártires de Carlet*, *Roncesvalles* y *Nuestra Señora del Puig*; composiciones todas revestidas del más puro sabor clásico, al par que campea en ellas la galana y fecunda imaginación del autor. Finalmente, no amengua en importancia, sino que acrece en valer, la quinta, que comprende tan sólo las poesías escritas en la lengua de Horacio, quien no hubiera dudado en poner su firma al pie de ellas, por su pureza en el decir en el idioma latino, sino también por su elegante manejo en la difícil lengua en que Virgilio alcanzó sus triunfos de eximio poeta y literato distinguido.

Risas y gemidos se titula otro tomo de poesías original de D. Eduardo Martínez (imprenta de Canales, un volumen en 4.º de 168 páginas). Aun cuando su autor no es valenciano, de los tórculos de las prensas valencianas ha salido este delicado trabajo de la buena y excelente literatura. El señor Martínez, aun cuando no es un nombre de esos que se cotizan todavía en el mercado de la literatura, demuestra bríos y condiciones superiores para conseguir un nombre, y en justicia, ser reconocido como de verdadero poeta, de artista que sabe hallar las cuerdas del sentimiento para hacerlas

vibrar en notas acordadas en el amor y la belleza. La ardiente imaginación que incuba el sol de Andalucía, su patria, se manifiesta en sus composiciones con valentía en el pincel y verdad en la descripción, interesando como colorista y como perfecto efectivista en los sentimientos, en hacer sentir é interesar en esas composiciones. La rica fantasía oriental que dió vida á sueños de poeta en el Alcázar y en la Alhambra se muestra de una manera espléndida en las composiciones de marcado valor oriental que recuerdan al inolvidable Arolas, á Bécquer y Zorrilla. La oda *Á la Alhambra* es hermosa; brilla al par que la verdad, el más embriagador lujo de colorido, y al leerla, al saborear aquellas bellezas, al soñar con el recuerdo de aquellos encantados camarines, el perfume que de sus arrayanes y limoneros satura aquella tibia atmósfera y velada luz, languidece el alma de placer y de gozo con tan acabada pintura y tan poéticos pensamientos, hijos de quien sabe ver en el arte lo bello que en sí encierra, para recreo del espíritu. *Zoraida y Omar ó la venganza de un zegrí* resplandece por las mismas condiciones de verdad y de pasión, siendo notable por el artístico corte, tanto como por el pensamiento de culto amoroso en una raza apasionada, sensual y terrible, tanto en sus amores como en sus odios y venganzas. Pasando á examinar ligeramente otras de las composiciones, marcaremos como notables el precioso romance *El cautiverio de Cervantes*, notable por sus pensamientos y selecta factura, acordada de una manera ajustada sobre la preceptiva literaria, y en el cual no se sabe qué notar más, si la factura ó la difícil sencillez que resplandece en cuanto á la forma externa de la composición, tan elegante y pulcra como modesta en su expresión artística. Más levantado vuelo, más alta mira de inspiración aparece y se manifiesta en el poema lírico *Los progresos de la industria*. Campea libremente el genio del artista, los sentimientos y afectos resplandecen en toda su artística ingenuidad, y el campo subjetivo del arte encarnado en la poesía lírica se manifiesta con toda esa riqueza y vasto dominio que avasalla el espíritu del poeta al yugo de su lira para expresarse por medio del canto con la verdad y riqueza propias de la fantasía y del

corazón del que ha nacido para sentir el arte y saber comunicar su modo de ver á quienes aman lo bello en sus genuinas manifestaciones. *Los progresos de la industria* es una prueba palmaria de que el campo del arte, la religión de lo bello no tiene espacio determinado, y que el corazón del poeta, cual el vapor de la encantada pradera, asciende con el calor del sol y forma esas hermosas masas de vapor que, tiñéndose en los variantes del tornasol, encantan nuestro espíritu al verlas marchar graciosamente empujadas por la brisa, navegando por un océano de azul con el puro manto de la majestad divina que creó el mundo y la imaginación del poeta para cantar sus bellezas.

El Sr. Martínez, cual la niebla de que hemos hecho comparación, con su fantasía, se eleva, y de las causas más prosaicas, cual la industria, hace nacer una pura fuente de inspiración, para recreo y encanto del lector que se cierne en el mundo de la poesía llevado por la mano del poeta. El fondo de la composición es perfectamente ajustado á la que señala la ley literaria en materias de buen gusto, tiene estrofas que recuerdan á Herrera en cuanto á manifestación externa del pensamiento, y si el estilo es apropiado y en consonancia con la índole del asunto, en cambio la versificación es valiente y correcta, sin que en ella notemos más lunares que los propios de toda inexperiencia en el dominio de la forma poética. El Sr. Martínez es de la cepa de los buenos poetas en cuanto á fondo y forma; no se deje influenciar por las tendencias realistas, y si acaso por las de cuño español, y no dudamos en augurarle un merecido lugar entre los poetas de legítimo cuño, de aquellos que, como Herrera, Caro y León, hicieron inmortal su nombre por su honrado culto á la belleza como destello de la luz y majestad divina.

Aun cuando no original, sino traducción, no podemos dejar de colocar en este punto un pequeño volumen por sus dimensiones, pero grande, tan grande como que abarca el sentir de poetas con Lamartine, Hene, Musset, Schiller, Víctor Hugo y Byron. En 216 páginas ha encerrado el editor Sr. Aguila tanta riqueza de sentimiento y fantasía como contienen las poesías de los citados autores. Pero á nada de

nuestro objeto nos conduciría el citar obras de autores extranjeros si éstas no fuesen traducidas á nuestro idioma, y su versión al español no hubiera sido hecha por el literato valenciano D. Teodoro Llorente. El laureado poeta ha titulado al precioso tomito *Amorosas*, por la índole de las composiciones, que en el amor hallan su numen é inspiración.

Titúlase *Poesías* un tomito de la *Biblioteca selecta*, y el cual contiene las tituladas *Cartas amatorias*, *Églogas* y *Los besos*.

El conocido nombre del P. Arolas nos excusa entrar en el análisis del numen del inspirado escolapio, que supo colocarse con sus orientales al nivel, y aun á mucho más, de las famosas de Víctor Hugo. Escasos eran los ejemplares que se conseguían de estas hermosas poesías, y ha sido un buen pensamiento su reproducción en la *Biblioteca selecta*.

Y con esto dejamos cerrado el capítulo concerniente á las manifestaciones del genio en la métrica de la poesía. Á dos obras originales y una traducción queda reducido el inventario de la poesía lírica en el pasado año. ¡Dios quiera que en el 91 no sea tan exigua la manifestación del genio poético! ¡Dios quiera nos engañemos, y que el culto al lenguaje de la belleza tenga en el presente cuando menos igual muestra que en el pasado, si no por número en obras, por su valer cuando menos!

III

POESÍA DRAMÁTICA

No queremos entrar en disquisiciones acerca del teatro actual, de sus tendencias y principios que le informan. Madrid es quien imprime el sello y da el *exequatur* á las composiciones dramáticas, impone su gusto, no siempre correcto y ortodoxo, y las provincias admiten como moneda de buena ley cuanto de los teatros de la Corte procede. Allí, y únicamente allí, nacen y se crean las reputaciones, y los pobres escritores de provincias que mueren en el olvido por ley de centralización, no pueden esperar que de provincias

pasen á Madrid sus composiciones aun cuando brille en ellas el verdadero genio y concepto dramático. ¿Y qué autor tiene el atrevimiento y valor suficiente para trasladarse á la Corte y llevar una lucha empeñada contra autores acreditados en la plaza dramática y cuyo nombre autoriza y obliga á tomar como obras dramáticas engendros corruptores de la moral y del buen gusto literario? No es tiempo el actual de mártires, y de buena gana renuncian los laureles de Talía alcanzados por una calle de Amargura para llegar á un Calvario en el que les habrían de vencer los envidiosos, no el público, pues éste no aplaude sino lo que se le da con un nombre conocido.

En provincias sólo el teatro regional puede tener vida. No puede hacérsele la competencia al autor de la *Batalla de damas* ni al de *Otgar*; allí puede con la musa catalana brillar el poderoso genio dramático en los que citamos; pero fuera de ese único y potente teatro regional, nada, el vacío sobre el género importado en la Corte, marchamado con el de conocidos autores que escriben dramas á precio de fábrica y con la rapidez de la industria. Por lo que llevamos dicho se comprende que nada nos extrañe el que la carencia de obras dramáticas impere, que no tengamos que hacer mérito de ninguna obra de empuje, en que brille el genio como composición inspirada en el verdadero sentido de la poesía dramática, como humana representación de una acción interesante y embellecida por el arte con los caracteres de verosimilitud é integridad exigidos en esta índole de composiciones.

Obras en un acto, verdaderos juguetes literario-dramáticos, es lo único que podremos presentar en lo que afecta á la índole puramente teatral.

El flautín de mi tío, comedia en un acto por D. Francisco de P. Huertas; *¡Qué amigos tienes, Benito!*, juguete cómico en un acto por D. Eduardo Hidalgo, y *El triunfo de Peral*, alegoría en un acto y cuatro cuadros del citado Sr. Huertas, forman el escaso contingente de las obras dramáticas bien aceptadas por el público, escritas con soltura y gracejo que produce grato entretenimiento sin hacer llorar á la moral, como acontece en otras composiciones de sabor de allende

el Pirineo. El teatro regional tampoco anduvo muy medrado en las muestras de su ingenio y menos de su fecundidad. El teatro valenciano, como ya dijimos, no ha acometido ninguna obra de empeño, no ha salido de la pintura de costumbres más ó menos exageradas de los huertanos ó de las clases jornaleras, no ha llegado al chaquet, ni mucho menos á levita, y no ha pasado de la barraca de la labriega, de la artesana ó del taller y humilde habitación del obrero. Esto decíamos el año pasado, y esto repetimos en el presente: la musa regional no ha pasado del acto, no ha dejado el tirso y los cascabeles para empuñar el metro mayor: ni la comedia urbana de costumbres, ni la pintura de la clase media valenciana, bastante característica para servir en la comedia, ni los hechos históricos para ser utilizados en el drama, han sido elementos que se han atrevido á tocar los autores valencianos. ¿Cuál será la causa, el motivo que los haya hecho retroceder ante semejantes elementos disponibles para la comedia ó el drama? No lo sabemos; lo cierto es que el teatro valenciano contiene un selecto repertorio de piececillas juguetonas, graciosas, perfectamente movidas y dialogadas, con exacta pintura de tipos obreros, hijas todas de la famosa pluma del D. Ramón de la Cruz valenciano, D. Eduardo Escalante, quien ciñe con justicia la corona del verdadero pintor de las clases obreras y de sus costumbres, á las que ha dibujado en el teatro con la creación de hermosos y simpáticos tipos, mereciendo justamente el título de primer dramático del teatro valenciano en la actualidad. *El buen mozo* se titula su última composición, y como suya, estrenada con gran éxito.

La Cruz blanca lleva por nombre una pieza en un acto, original del Sr. D. Constantino Llombart, conocido poeta y justamente apreciado por su laboriosidad y el entusiasta culto que profesa á su patria y á la antigua lengua de los valencianos, en la que escribe y ha escrito sus numerosas y atinadas composiciones. De este concienzudo escritor tendremos ocasión de ocuparnos en otro capítulo de este estudio, haciendo de él y de sus obras la justicia que se merece.

Si de cuanto llevamos dicho pasamos á la literatura unida á la música, ó constituyendo el drama lírico, encontraremos que el ensayo de la ópera española ha sido simultáneo en Madrid y Valencia. Cuando se estrenó en la Corte *Los Amantes de Teruel*, del maestro Bretón, estaban verificándose los ensayos de otra ópera española, obra de dos autores valencianos, los Sres. Cebrián y Giner. De la música nos ocuparemos en el párrafo correspondiente, y en éste trataremos de la letra, obra del conocido escritor D. Luis Cebrián, autor de un erudito é interesante estudio sobre Guillén de Castro, y que nunca dejaremos de lamentar cual es debido que tan precioso como estimable trabajo continúe aún inédito, con perjuicio para las letras de su patria, y que con su publicación daría á conocer la influencia que ejerció aquel escritor valenciano en el desenvolvimiento del teatro español ó castellano. *Sagunto* es el título del drama lírico de que nos venimos ocupando; el Sr. Cebrián toma para el desenvolvimiento de la acción las horas que precedieron al asalto y destrucción de la famosa ciudad de la Edetania. Unos amores entre una saguntina y un hijo de la ciudad, y los celos y empeño de hacer suya Aníbal á la joven, forman el nudo de la composición, versificada con soltura, de buen corte y factura, acomodándose sin esfuerzo á lo que exige la índole de estas composiciones, en que la letra es absorbida por la música. Ha sido impreso lo que llamamos libreto, y en él ha demostrado el Sr. Cebrián con numerosas notas el detenido y profundo estudio que ha hecho de los autores de la época, de las costumbres y ritos religiosos. Como obra de verdadero empeño literario, no puede servir para aumentar ni rebajar la fama y concepto que como literato goza el Sr. Cebrián, pues la índole del género impide brillar al literato en una clase de composiciones que, como hemos dicho, la música es el todo. No obstante, repetimos lo dicho, aun en medio de las dificultades que ofrece un género no cultivado por nuestros autores, el Sr. Cebrián ha salido airoso de su empeño, y satisfecho puede estar de la prueba que ha dado de su gusto y de su erudición en la materia como historiógrafo.

IV

LA NOVELA

Algo más ha sido cultivado este género mixto, considerado en este concepto en la preceptiva literaria. No ha sido Valencia infecunda en el cultivo de este género, y nombre le han dado sus hijos en pasados años con Pérez Escrich y García Cadena y Boix. Después decayó su cultivo, y en la actualidad tan sólo Luis Alfonso y Enrique Gaspar son quienes han dado muestras de su claro, elegante y culto ingenio en preciosas novelitas, que si bien de cortas dimensiones, pequeñas en tamaño, son, no obstante, joyas preciosas que deben orgullecer á los hijos de esta tierra. *Un problema* se titula la novela que el pasado año ha publicado el Sr. D. Enrique Gaspar en la biblioteca que edita el Sr. Aguilar; biblioteca en la que predominan las traducciones, y en la que rara vez se da entrada á obras de autoras hijos de esta ciudad. Hasta ahora sólo las traducciones del Sr. Llorente y la obrita del Sr. Gaspar son las obras de valencianos que se han publicado, juntamente con una de poesías de Arolas, y del cual ya nos hemos ocupado en el lugar correspondiente. *El problema* es una hermosa novelita en que, unido á un entretenido y complicado enredo, que bien merece el nombre que lleva por título, campea el ingenio de autor dramático, tan estimado justamente como sus composiciones merecen. Gracia, naturalidad, espontaneidad y una urdimbre tan lógica como natural en los acontecimientos hacen, á más de entretenida é interesante su lectura, profunda en algunos puntos, sentenciosa en aquellos en que los extremos del problema se presentan dificultando cada vez más la solución, que no se prevé ni se adivina, manteniendo siempre vivo el interés del lector.

Su estilo, sencillo, elegante y de correcta factura, responde perfectamente al plan propuesto, y el lenguaje fiel y exacta representación de aquel concepto artístico de lo que es y

debe ser la novela, hace que marchen en armónica unión el fondo, forma y lenguaje, completen un todo tan homogéneo en que no se advierte solución de continuidad ni escena ni detalle que no sirva en momento dado de gran recurso dramático, como perfecto conocedor que de estos elementos es el Sr. Gaspar. La novelita *Un problema* es un *bijou* literario de esos á que nos tiene acostumbrados el autor de *La levita*.

Barcelona en 1888 y París en 1889, por D. Carlos Frontaura. Gracia ática, correcto lenguaje, vida y movimiento, combinados con un sentimiento artístico notable, tal son los episodios ó narraciones que forman el contenido de tan precioso librito, en que no se sabe qué apreciar más, si lo gracioso del pensamiento, lo correcto de la disposición ó la forma especial de la alocución. Su chispeante gracia, que ha sido siempre la nota característica del popular escritor, no decae en este hermoso y entretenido librito, que forma parte de la *Biblioteca selecta*.

V

TRATADOS DE LITERATURA

Valencia ha contado como una de sus mejores publicaciones la nueva edición completamente refundida y aumentada, casi hasta formar una nueva obra, de la *Poética* de D. Ramón de Campoamor. Bien puede decirse que es la obra de más fondo en el arte que hasta el presente ha dado á luz la casa editorial de Aguilar, si se exceptúa el Diccionario del señor Llombart. Con ansia esperábamos los aficionados á esta clase de estudios la nueva edición de tan precioso tratado de Estética. Con la maestría propia del ilustre autor de las *Doloras*, trata, dilucida y explica, con esa claridad y donaire que le es característico, las más abstractas cuestiones acerca de la belleza. ¡Dios nos libre de la tentación de decir nada acerca de un libro que besamos y colocamos luego sobre nuestra cabeza! Con decir que es debido á la pluma del insigne poeta y maestro en el arte, hemos dicho cuanto podemos

acerca de un tratado tan precioso, y cuya tirada en el extranjero hubiérase agotado en breves horas. La impresión es elegante, como cuanto sale de la acreditada imprenta de D. Francisco Vives, que reúne el más correcto gusto tipográfico.

Lo ideal titúlase un tomito de 140 páginas, de que es autor D. Ramón Lladio y Mollá. Es un trabajo que comprende tres tratados que titula *afines*. Comprende el primer tratado labores intelectuales que pueden ser de provecho á los aficionados á la literatura y al cultivo de la poesía, comprendiendo también reglas para el arte de la declamación, oratoria y pintura. Contiene una sucinta historia de la Mitología pagana, y además un apreciable ensayo de la historia y orígenes del teatro. Como labor de compilación, es un trabajo que demuestra la constancia y laboriosidad de su autor en los trabajos de investigación, y como de utilidad, lo es para los aficionados á las artes bellas en toda su extensión: de modestas aspiraciones en su propósito, ha resultado un librito muy agradable, y que suministra, si no conocimientos profundos en las materias en que se ocupa, cuando menos, una idea de la importancia de los estudios que son objeto de aquél, despertando la afición y el deseo de mayores conocimientos á los lectores de tan agradable como entretenido é instructivo libro.

Terminaremos este capítulo de las bellas letras, ó mejor dicho, en el cual hemos historiado las de amena literatura, con la mención sucinta de algunos otros trabajos, y que si bien no debiéramos colocarlos en este punto, por pertenecer más á lo que pudiéramos clasificar con el nombre de varios, les incluiremos por cuanto que por la parte amena y el cultivo de lo bello se imponen más que por su contingente didáctico. Entre ellos haremos mención del *Almanaque del periódico Las Provincias*, correspondiente al año 1890, que forma, como siempre, un bonito tomo esmeradamente impreso, de 300 y más páginas, y el cual puede decirse que es el campo que los literatos valencianos siembran todos los años con artículos, poesías y estudios bibliográficos. Esta publicación puede decirse que es el único medio de dar á conocer

un trabajo dedicado al cultivo de la literatura en esta ciudad. La falta de una Revista literaria entre los valencianos se hace notar, é ignoramos por qué, teniendo facultades para ello, no lo acometen, siendo una empresa que honraría á su patria.

También otro periódico ilustrado, del orden de kioskos, *La Valencia Cómica*, publicó su correspondiente Almanaque con sus grabados, y en el cual figuran composiciones de literatos de Valencia y algunos de Madrid.

Ensayo crítico sobre las Novelas ejemplares de Cervantes se titula un erudito opúsculo original de D. Luis Orellana é impreso elegantemente y con el gusto clásico que caracteriza á la antigua é inteligente imprenta de Ferrer de Orga. El señor Orellana, con gran juicio y estético criterio, estudia y examina las indicadas obras bajo el punto de vista de la preceptiva literaria, distinguiéndose semejante trabajo por la claridad de juicio y exacta apreciación de los caracteres, estilo y plan de las ya citadas novelas, y completando tan estimable estudio, que no se ha puesto á la venta, con una rica noticia bibliográfica de las ediciones, tanto españolas como extranjeras, que se han hecho de las obras del Príncipe de los ingenios. ¡Ojalá los literatos valencianos siguieran la huella trazada por los Sres. Cebrián, Llombart y Serrano Cañete con el Sr. Orellana en el estudio é investigación de la literatura de su querida patria! Pero esta clase de estudios y publicaciones, si bien da honra, en cambio el provecho es cero al cociente.

VI

HISTORIA.—HERÁLDICA.—BIBLIOGRAFÍA

Las funciones ecuestres de la Real Maestranza de caballería de Valencia. Folleto de 44 páginas en folio, original de un conocido aristócrata valenciano de antigua alcurnia, y no menos conocido y estimado que por sus blasones por sus títulos literarios, como concienzudo historiador y erudito investigador de archivos y bibliotecas. El Marqués de Cruilles

es el autor de este interesante opúsculo histórico, en el que con gran erudición, riqueza de datos, fruto de su detenida inquisitiva, estudia y narra el conocido autor de la *Guía de Valencia* las fiestas y torneos de aquella antigua y nobiliaria corporación. Quien escribió la notable *Memoria histórica sobre los gremios de Valencia* era justamente estimado como profundo historiador; pero la galanura que hoy emplea para relatar las gloriosas fiestas le ha hecho adquirir el título de verdadero literato colorista en el manejo de la paleta y pincel descriptivo. Tampoco este interesante estudio se ha puesto á la venta.

Blasones de los linajes viejos y nuevos de la ciudad de Alicante, recopilados por Jaime Bendicho y publicados por primera vez por el inteligente bibliófilo heraldista D. José Martínez Aloy. Un cuaderno con grabados, imprenta de Ortega. No es la obra de Bendicho la que ha reproducido por completo el Sr. Martínez Aloy, sino un extracto de la que en 1657 escribió aquel autor. El Sr. Martínez Aloy ha tomado de ella lo más interesante al objeto propuesto, cual era dar á conocer la importancia de aquel tratado en un estudio sumamente abandonado en estos tiempos de tanto absolutismo democrático é igualitario. Los servicios que la heráldica tiene suministrados á la historia son harto conocidos para que nos ocupemos de aquéllos. El Sr. Martínez Aloy, con claro criterio y concepto razonador, ha tomado de aquella obra, escrita con el estilo y pesadez propia de la época, lo necesario para dar á conocer los importantes elementos que encierra para la historia en general y de su país en particular. Es un trabajo importante y que honra á la laboriosidad y talento del escritor, tan conocido como apreciado por sus relevantes méritos.

No menos interesante ni erudito, sino nutrido de especiales datos sistemáticamente ordenados hasta formar una obra literaria, no sólo en fondo, sino en forma, es el *Estudio biográfico del pintor y grabador valenciano Crisóstomo Martínez Sorli*, por el Dr. D. José Vives y Ciscar. Este interesante trabajo, en que se revela el talento analítico de su autor en el detenido examen de las obras del notable artista su paisa-

no, fué escrito para leerse como discurso de apertura en la Escuela de Bellas Artes en el curso de 1890 al 91. Crisóstomo Martínez era poco conocido, y menos justo era este olvido, pues el mérito de sus trabajos en el grabado, y especialmente en el anatómico, en que son notables los que para una obra de anatomía hizo por encargo de la Escuela de Medicina de Valencia. Todos son motivos justos para que el Sr. Vives y sus paisanos saquen del olvido al notable artista, gloria de Valencia en el siglo XVI. Con amor y verdadero sentimiento patrio le ha estudiado y presentado á la estimación de los valencianos y de España entera.

El docto canónigo D. Godofredo Ros y Biosca dió á luz una erudita y notable biografía del sabio doctoral de la basílica valenciana D. Niceto Alonso Perujo, y en la cual, de una manera tan erudita como llena de encanto por la forma, historia el Sr. Ros la vida y labor fecunda para el catolicismo del Sr. D. Niceto Alonso Perujo, cuya pérdida para las ciencias y las letras católicas nunca sentiremos bastante los que le tratamos, y de quien nos ocupamos en el pasado año al citar sus obras.

Y bien puede decirse que con este trabajo se cerró el campo de la literatura histórica del pasado año, para ocuparnos de cuanto concierne al dominio de las ciencias. Excusado es esperar nada importante en este ramo del arte aplicado á las ciencias. Si en la literatura, campo más vasto y en el que predomina la fantasía, encontramos tanta esterilidad, tan poca vida y menor movimiento en publicaciones, en una ciudad en que la imaginación es la facultad predominante y la fantasía de los orientales tanto aún predomina, ¿qué podremos esperar en el severo campo de las ciencias, que exigen más razón que fantasía, más inteligencia que cultivo de la belleza? No obstante, no ha sucedido así; aun cuando el número de las obras sea menor, suple en cantidad la calidad de aquéllas, sumamente apreciables y que han merecido justa y estimada consideración por su mérito real. Y así como colocamos en su merecido lugar el monumental Diccionario de ciencias eclesiásticas, no podemos terminar este artículo sin destinar un párrafo especial á otra obra no me-

nos monumental y más original, y por lo tanto erizada de miles de dificultades que sólo una paciencia, fe, constancia y amor á su patria han podido vencer. El *Diccionario valenciano castellano* que viene publicando el Sr. D. Constantino Llombart es la prueba más clara y convincente del *labor omnia vincit*. Hállase á la sazón en la letra *M*, cuaderno veinte de la publicación, y es la obra más importante que hasta hoy se ha atrevido á editar el editor Sr. Aguilar, y cuyas publicaciones se han reducido á traducciones y refundiciones de obras de medicina en su mayor parte, y libros de feria, como magia blanca y negra y de todos colores.

Fuera de la *Poética* de Campoamor, en su terreno, la obra de verdadera paciencia, la obra de benedictino es la emprendida por el Sr. Lombart y llevada adelante con una celeridad y constancia notables. Los valencianos carecían de un diccionario de su dialecto, tan rico y abundante.

Hasta hoy llenaba aquellas necesidades el incompleto de Escrig, que venía á ser una traducción al valenciano de las palabras del de la lengua castellana. No era esto lo que se necesitaba; pedíase y se buscaba con empeño por los que se dedicaban á escribir en aquella lengua algo que les sirviera de guía, los llevara de la mano por la senda de un renacimiento que comenzaba por ignorar casi el idioma de que tenía necesidad de valerse, y no encontrando diccionario valenciano, echaban mano del catalán, que le tenían más ó menos perfecto y bastaba para la consulta del momento. En Valencia no tenían un Lavania (que dice ser valenciano dicho autor) como tenían su obra los catalanes, y de aquí que muchas composiciones valencianas tengan un marcadísimo sabor catalán y que muchas de las frases empleadas por los escritores sean desconocidas é ininteligibles para la mayor parte de los que leen aquellas composiciones, aun siendo valencianos. La obra del Sr. Llombart no es sólo un diccionario que nos da la palabra y su traducción al idioma nacional: no estudia la frase en cuanto cabe en una obra que bien puede decirse que es un ensayo monumental, sino que la analiza, inquiere sus orígenes y la relación con otros idiomas, buscando las leyes de su afinidad y parentesco en un

elemento, factor importantísimo del humano ser, y que en aquélla sintetiza su carácter y aspiraciones, su modo de pensar y expresar con relación al temperamento y raza. El estudio filológico del valenciano está perfectamente presentado en una obra que, en buen sentido lingüístico, es trabajo de una generación, no de un individuo con su esfuerzo personal; no obstante el ímprobo trabajo impuesto, y con una fe y constancia, tenacidad y empeño llevado á cabo por el señor Llombart, resulta tan interesante y digno de estimación que dudamos que en mucho tiempo se haga nada en Valencia que pueda igualar á la notable labor llevada á cabo por el Sr. Llombart. Es necesario comprender y conocer las dificultades invencibles de que está erizado el camino, y de aquí que las críticas, y perdóneme que emplee la palabra técnica de la preceptiva literaria para designar la envidia y la nulidad, en nada empecen la obra del Sr. Llombart; todo lo contrario, la valoran, pues que aquéllas no son más que gritos incoherentes de la impotencia. Criticar, en el sentido erróneo de la frase, es muy fácil: justificar la censura es más difícil; en una obra como la presente aceptamos el servicio que nos presta, aplaudimos cuando bien nos sirve, cuando nos saca de apuros; pero no estimamos la lucha entablada y sostenida para servirnos el autor aquellas cuatro líneas que nos son tan útiles.

Por eso decimos y repetimos que nunca apreciarán cual se debe los literatos de este país el mérito, la fe y constancia de la obra del Sr. Llombart para suministrarles un diccionario que ha de ser un poderoso auxilio para facilitar á su inspiración como medio elocutivo de dar cuerpo verdadero y real en el campo del arte á sus composiciones artísticas. De la propia suerte facilitará el conocimiento de la lengua en que escribió el más tierno y sentido de los poetas valencianos, el no conocido y menos apreciado Mosén Jordi, el inspirador, no sólo de Petrarca, sino copiadore de estrofas completas, como puede verse por las siguientes de Mosén Jordi y de Petrarca:

Pace non trovo, e non ho da far guerra;
E volo sopral ciel, e giaceio in terra;

E nulla stringo, e tutto l' mondo abbraccio,
 Ed ho in odio me stesso; ed amo altrui
 So amor non é, che dunque e quel chío sento?

Véase lo que dice Mosén Jordi, el caballero del rey Jaime I, antecesor de Petrarca:

E non pau, e non tinch quin guarreig;
 Val sobrel cel, e non movi de terra;
 E non stretch res, e tot lo mon abrás,
 Hoy e de mi, e vull altri gran bé
 Sino amor, dons acó ¿que será?

Ejemplo que demuestra el fácil manejo de una lengua que ha venido á ser hoy arcaica aun entre los mismos naturales de este país, y que sirvió entonces de elegante medio de expresión en las famosas Cortes de amor, pero de existencia tan efímera como la de aquel abrasado rincón de la Provenza.

Por lo que lleva publicado del Diccionario, al cual acompaña un ensayo de gramática valenciana, se viene en conocimiento de los concienzudos estudios que sobre la materia lleva hechos el Sr. Llombart, y á quien debe alentarle el aprecio que de su inestimable obra se manifiesta, de la misma suerte que deben servirle de orgullo y vanagloria las críticas y censuras de quienes, inspirados por la envidia, como hemos dicho, intentan quebrar sus colmillos royendo la sólida armazón de una obra que le ha de acreditar de hijo amante de su patria y acreedor por más de un título á la estimación, aprecio y consideración de sus paisanos.

Y con esta obra monumental terminamos cuanto se refiere al campo de la literatura, en su sentido genuino, quedándonos las ramas científicas representadas por la literatura como medio de expresión.

J. CASAÑ.





LOS PRÍNCIPES DE LA POESÍA ESPAÑOLA

POR D. JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

CONTINUACIÓN (I)

DEL CAPITÁN DE DRAGONES

DON GASPAR MARÍA DE NAVA Y ALVAREZ
DE NOROÑA

CONDE DE NOROÑA, MINISTRO DE ESPAÑA EN SAN PETERSBURGO

SILVAS

I

Á CUPIDO

Apaga el hacha ardiente,
Muchacho veleidoso;
Rompe al instante el arco poderoso
Y las flechas agudas, con que herías
Á todos fieramente,
Y con las que abatías

(I) Véase la pág. 423 de este tomo.

Al que de tu potencia se burlaba.
Esa venda, esas alas, esa aljaba,
¡Qué bien que te caían! Tu hermosura,
Con ellas, ¡qué realce no tomaba
En los dichosos días
Que era dulce tu ardor, tu risa pura,
Suaves tus cadenas!
Mas ahora todo es llanto, todo penas.
Silvia, que con semblante
Hermoso y halagüeño
Mantiene un corazón como el diamante,
Sedujo el mío con amante empeño;
Pero de tal manera
Que no era el mismo que otros tiempos era;
Pues fué tal su atractivo
Que me ví, más que amante, su cautivo.
 Á Silvia hallaba yo por donde quiera;
En la mesa, en la calle, en el paseo;
Como si allí estuviera,
Solía presentármela el deseo.
Cuando al lecho llegaba,
La imagen de mi Silvia me asaltaba;
Al sueño al fin cedía,
Y á Silvia en él veía,
Y al despertar con Silvia me encontraba;
Silvia era todo cuanto
 Á percibir llegaban mis sentidos;
Y esta Silvia, olvidada de mi llanto,
De mis tiernos gemidos,
Cual viento se ha mudado
Y de mi amor ardiente se ha cansado.
 Las olorosas flores que tejieron
Los dedos de tu madre rotas fueron;
Ajadas y esparcidas
Las he visto por esas mismas manos
Hermosas y atrevidas,
Que, para la destrucción de los humanos,
Fueron dulce depósito del fuego
Que ablanda mucho más que el mayor ruego.
De cuanto tú dejaste, nada existe;
Silvia lo destrozó; no, no es tu imperio.

¡Feliz el que resiste
 Tan duro cautiverio,
 Y huyendo de tu trato fraudulento
 La amable libertad goza contento!

II

LA VENIDA DE LA PRIMAVERA

Á NERINA

El invierno enojoso,
 De nubes rodeado,
 Marchóse presuroso
 Á ejercer su rigor al Norte helado;
 En tanto se presenta
 La dulce precursora del verano,
 Derramando mil flores
 Con generosa mano,
 Que embalsaman el aire con olores.

Los céfiros suaves,
 Libres y exentos de las nieblas graves,
 En torno la rodean,
 Halagan y recrean
 Los pechos agujados;
 Los arroyos, que, atados
 Con prisiones de hielo
 No podían regar el verde suelo,
 Ora sueltos, del monte
 Con risa bulliciosa se despeñan;
 Corren serpenteando
 Por el ameno valle, y van regando
 Las plantas á porfía;
 Renace la alegría
 Del rústico, que en la era
 Espesos haces hacinar espera
 Los troncos corpulentos,
 Que resistieron con vigor constante
 Á los bravosos vientos,
 Con risueño semblante

Al cielo llevan sus crecidas ramas,
Cubriéndolas con hojas al instante;
Los pájaros canoros
Forman diversos coros,
Canciones entonando,
Ora en las verdes ramas escondidos,
Ora al aire esparcidos,
Acá y allá con gracia revolando;
El sol se muestra claro y luminoso,
Ni ofende con sus rayos
Cual suele en el estío,
Ni escasea sus luces perezoso
Como cuando á la tierra oprime el frío.
¡Oh, dulce primavera!
¡Oh juventud del año! persevera
Entre nosotros siempre;
Detén el veloz paso;
Mas ay! que extiendes las purpúreas alas,
Sin querer hacer caso,
De mi amoroso ruego,
Y de mis ojos ay! se aleja luego.
¿Temes que te marchite la hermosura
El seco estío con su ardiente fuego?
¿Temes perder, al verte, tu frescura?
¿Que se sequen tus labios olorosos?
Pues vete: que no quiero
Que sientas los ardores rigorosos
Del tiempo venidero;
Huye, sí, huye: tus pasos acelera;
Que un amargo dolor me causa el verte,
Porque eres verdadera
Imagen de mi suerte;
Pues cuando contemplaba
Á mi dulce Nerina
Más amorosa y fina,
Y que el tierno Cupido se esmeraba
En derramar sus gustos indecibles
Sobre dos corazones tan sensibles,
Se ausentó de mi vista, y ha quedado
Cual suele el caminante en noche oscura,
Al verse deslumbrado

De un relámpago activo no esperado,
 Que, lleno de amargura,
 Con ansia espera que se acerque el día;
 Así mi amante pecho
 En lágrimas deshecho,
 De continuo á los ojos las envía,
 Hasta que los aclare la luz mía.

DE D. JOAQUÍN QUEIPO DE LLANO Y VALDÉS

VI CONDE DE TORENO

ALFÉREZ MAYOR DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS

CANCIÓN DE FILENO

SOLEDAD EN LA AUSENCIA DE DORINDA

Desde que en soledades
 Vivo con el descanso que solía,
 Atormenta mi espíritu el deseo:
 ¡Extrañas novedades!
 Ya el alma no se acuerda y desconfía
 De gozar de aquel bien y aquel recreo
 Que ni pienso, ni creo:
 Fueran mis pensamientos necedades,
 Si pensarán soñar tales verdades,
 Pues tiene el corazón tan agitado
 El tiempo malogrado
*Que en ayes se estremece
 Y en continuos suspiros desfallece.*

Ya de Dorinda hermosa
 Sólo quedó la sombra imaginaria:
 De la pastora que alumbraba el día,
 Con llama venturosa
 Se eclipsó la brillante luminaria.
 Siéntelo el alma y el dolor porfía:
 ¡Ah ingrata suerte mía!
 En la infausta partida presurosa
 El carmín ocultó fragante rosa,

Y el cúmulo de penas no resiste
El pesar que me asiste,
Que en ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.

Cuando constante el cielo
Al corazón pronosticaba glorias,
De mi pasión dichoso disfrutaba
Tranquilo, sin recelo;
Mas fueron mis delicias transitorias,
Que al amor que en sus soles animaba
Las claras luces con que iluminaba,
Le cubrió de repente negro velo,
Dejándome privado de consuelo:
Postrado el corazón á dolor tanto,
Tanto le inmuta el llanto,
Que en ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.

De Narcia las riberas
En fúnebre teatro convertidas,
Respirando pavor y á sus ganados
Miran las primaveras
De escarchas oprimidas.
El sol no dora ya los verdes prados,
Antes de fértil yerba matizados;
Funestas, tristes aves agoreras
Llaman con voces fieras;
¡No alumbran las estrellas! Oh tormental
Que ya mi sentimiento
En ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.

En el tiempo dichoso
En que Fileno glorias respiraba,
Los rápidos cristales bulliciosos
Ofrecían delicioso
Espectáculo ameno que inundaba
Del río la corriente: en amorosos
Obsequios envidiosos
Dulces dichas lograba con reposo
De Dorinda en el pecho cariñoso,
Cuando deidad se ausenta y entre penas
Sufre el amor cadenas:

*Que en ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.*

Mas ya que el cielo impío
La vista me privó del dueño amado,
Cante mi musa en ecos destemplados
Tan infausto desvío.

Trémulo el pecho por desconcertado,
Forme en suspiros del dolor forjados
Las ansias y cuidados,

Celos, angustias, pena y desvarío.
Canten las ninfas tanto pesar mío,
Mezclando con sollozos y lamento
El tirano tormento:

*Que en ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.*

La cándida azucena
Y el hermoso clavel se sorprendían
Viendo de su hermosura la belleza
Excederles: ¡oh penal
Pues la nieve y coral se confundían.
Turbaban los jazmines su pureza;
Las rosas su viveza
Perdían con los colores de su cielo,
Y al ver su turbación y su desvelo,
Tributos de obediencia y rendimiento,
Turban mi pensamiento,

*Que en ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.*

Sus dorados cabellos
Que Febo con sus luces envidiaba,
Eran rayos de amor, en que el sentido
Se trasformaba al vellos;
El sol mismo á su vista se eclipsaba,
Y á su vista se hallaba sorprendido
En sombras sumergido;
Pues miraba sus ojos peregrinos,
Luceros tan brillantes y divinos,
Que, al ocultar sus bellos resplandores,
Siente el alma dolores;

*Que en ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.*

En el monte y el prado,
 Despidiendo saetas amorosas,
 Herían el corazón y se burlaban
 Del ciego dios vendado,
 Que dispara sus flechas engañosas.
 De vencer á Cupido se gloriaban,
 Que no le perdonaban,
 Y si de Mirta bella el cielo todo
 Se medía á distancia, por un codo,
 Al de Dorinda dista el breve trecho,
 Que se encierra en mi pecho,
Que en ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.

Del dorado reflejo luminoso
 Tanto su luz en brillos se exhalaba,
 Que su curso abreviaba al Occidente
 Apolo luminoso;
 Pues su distancia al cielo contemplaba
 Tan corta, que del cuello hasta su frente
 Esta era la distancia justamente.
 Ocultábase el sol, y las estrellas
 De envidiosas forjaban mil querellas,
 Y yo, á sus luces, de pesares ciego,
 No hallo en mi mal sosiego:
Que en ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.

Cuando amor me tenía,
 Sus labios pronunciaban con agrado:
 —¿Sabes, pastor, que vives en mi pecho?
 Yo fino lo creía:
 Á mi fe y á mi amor dejó surcado,
 Estando yo del suyo satisfecho.
 ¡Oh tirano despecho!
 Infundadas sopechas y recelos
 Motivaron su ausencia; ¡injustos celos!
 Y ahora que se trocó la feliz suerte
 Es tan cruel mi muerte,
Que en ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.

Cuando al alba risueña
 Visitaba del río la ribera,

Dó blancos corderillos apastaba,
 Daban sus luces seña;
 Porque su autora, en todo la primera,
 Brotaba flores donde el pie estampaba,
 Y dichas pregonaba
 Escribiendo en los álamos floridos
 Que á Fileno entregaba sus sentidos.
 Ausentóse sin ser de mí ofendida,
 Y yo pierdo la vida:

*Que en ayes se estremece
 Y en continuos suspiros desfallece.*

¡Cuántas veces oyeron
 Sus amorosas ansias los laureles,
 Y las plateadas fuentes escucharon
 Finezas que entendieron!
 Testigos de mis dichas fueron fieles
 Los pastores, que glorias envidiaron,
 Y que me preguntaron
 Si era Dorinda mi adorado dueño.
 Yo les dije que sí: todo fué sueño,
 Que trasladó su ausencia en un letargo
 Desmayo tan amargo,

*Que en ayes se estremece
 Y en continuos suspiros desfallece.*

Los dulces ruseñores,
 La Filomena hermosa, placenteros,
 ¡Cuántas veces gorjearon con sus trinos
 Nuestros castos amores!
 Los pintados canarios y jilgueros
 Cantaban en conciertos peregrinos
 Nuestros amores finos,
 Y al comprenderlos la envidiosa yedra
 Tanto más se abrazaba con la piedra,
 Dejándome mis glorias por despojos,
 Sólo un lienzo en mis ojos:

*Que el llanto le humedece
 Cuando en tristes suspiros desfallece.*

Registra el grande mundo,
 Canción, y surca los salados mares:
 Cuéntale á mi pastora en sentimientos,
 Que es mi dolor profundo:

Dila mis tristes quejas y pesares,
Fatigas y disgustos y lamentos,
Sacrificios violentos;
Y dila finalmente que constante
Llevas el corazón el más amante:
Que si sus aficciones considera
Es su pena tan fiera,
Que en ayes se estremece
Y en continuos suspiros desfallece.

DE LA DOCTORA DE ALCALÁ
DOÑA MARÍA ISIDRA DE GUZMÁN Y LA CERDA
MARQUESA DE GUADALCÁZAR É HINOJARES
DAMA DE LA REINA DOÑA MARÍA LUISA DE BORBÓN

DÉCIMA

CON MOTIVO DE HABER CONCEDIDO EL REY CARLOS IV LA GRAN CRUZ
DE CARLOS III Á SU MARIDO EL MARQUÉS DE GUADALCÁZAR
POR PREMIO DE SUS SERVICIOS

Si hoy al vasallo, señor,
Premia Vuestra Majestad
Con efectos de piedad
Los afectos de su amor;
Si el mérito, y no el favor,
Tiene en vos primer lugar;
¿Quién errará el agradar
Para poder conseguir;
Si la lealtad en servir
Es el medio de lograr?

(*Se continuará.*)





VIVIR AGONIZANDO

La tristeza de los tristes, por lo conocida y monótona, he llegado á mirarla con indiferencia; en cambio, la tristeza de los alegres, por lo insólita y casi ignorada, ha absorbido siempre mi atención, haciéndome pensar de un modo involuntario en el tósigo que guarda el cáliz de vistosa flor, en la abrasadora lava que culebrea por el granítico seno de un monte cubierto de verdura, y en la tormenta que ruge sordamente bajo la rizada y serena superficie de los mares.

Hay rostros animados de continuo por sonrisa franca y afectuosa á los cuales se asoma de vez en cuando la tristeza, recatándose en el pliegue de una arruga, ó colgándose de unos hilos plateados que caen sobre la frente, ó embozándose en un manto de sombra al cruzar rápidamente por el campo de las pupilas.

Y si nos internamos un poco más, si subimos al cerebro ó descendemos al corazón, allí ya no hay embozos ni recatos, allí se manifiesta el dolor con toda su imponente y lúgubre majestad.

Los sentimientos salen y entran, cual invisible hormiguero, sin traer nunca al alma la paz que han implorado á los batalladores hombres de nuestro siglo; los pensamientos, como bandada de palomas, elevan su vuelo infinito á los espacios, buscando y rebuscando por la inmensidad al sobre-

natural y omnipotente Ser que llamamos Dios, para pedirle en vano misericordia que no recabarán nunca, porque Dios en sus altos designios ha querido que vivan sin consuelo.

Y después de estas infructuosas jornadas los inconsolables sentimientos se guarecen de nuevo en el corazón que les sirvió de cuna, mientras los tristes pensamientos se repliegan otra vez hacia el cerebro y allí prosiguen cayéndose y levantándose por aquellos misteriosos surcos con la esperanza de que llegue el sueño para descansar; pero en balde, porque el sueño no acoge nunca en su regazo á los tristes pensamientos.

Y cierra la noche, y alborea el día, y el sol resplandece en el firmamento, y la vida de este nuevo día se anuncia por la continuación de la lucha suspendida el anterior, y viene otra vez la noche y todo acaba para volver á empezar de nuevo; lo que no acaba jamás es el desconsuelo de los que viven agonizando; lo que nunca termina es la pesadumbre de los que sonríen amargamente porque no pueden, ó no deben, ó no saben, ó no quieren llorar; lo que no tiene fin es la tortura sorda é inenarrable de esos seres que brillan como estrellas fijas en el negro cielo del dolor.

«Basta ya de agonía,» dice alguno de ellos en un raptó de desesperación, acariciando la idea del suicidio para concluir de una vez; mas en aquel momento oye quizás el llanto de un hijo, ó ve la venerable efigie de una madre, ó recibe la caricia de una esposa adorada, ó piensa, con la misma rapidez del pensamiento, que la bala mortífera no queda alojada en el cráneo del suicida, sino que, atravesando la pared huesosa, va moralmente á dar en el corazón de la esposa, del hijo ó de la madre. No existe solución posible: hay que vivir y hay que agonizar, aunque esta agonía sea más terrible que la muerte con ser muerte.

Tremendo delito fué aquel que el gran Calderón echó, cual denigrante estigma, sobre la frente de los hombre sólo *por haber nacido*; pero descanse en paz el poeta acusador, pues todos en mayor ó menor escala expiamos sobradamente *aquel delito* con el mero hecho de vivir.

Bien mirado, la vida no es más que el desarrollo continuo

de un drama eterno y luctuoso, en el que los actores cambian, varían los incidentes, se modifican las escenas, se precipitan los desenlaces y cada cual, cuando le toca el turno, es protagonista en la espontánea revelación de sus propios dolores. Y cuando la vida se ve de lejos, allá desde un rincón de la pena, parece un inmenso cuadro disolvente sobre el que se vislumbran las alegrías con apariencia de soles fugaces que no tardan á ocultarse entre las espesísimas sombras que arrojan sobre el lienzo nuestras negras amarguras.

La costumbre de sufrir nos abroquela contra el mismo sufrimiento; así se comprende que seres habitualmente desgraciados (y los hay en abundancia) reciban sin quejarse un *golpe más*, que, una vez recibido, representa *uno menos* de los muchos que á todas horas nos amaga el infortunio.

Ora caminemos por la florida senda del idealismo, ora por la escabrosa pendiente de la realidad, el fin de nuestro viaje es siempre igual, previsto, inevitable, trágico. De la nada vivimos, nada nos podemos llevar y á la nada hemos de volver.

Durante nuestra casual y breve excursión por la tierra, unos cantan sus placeres, otros lamentan sus pesares, éstos se pavonean con sus riquezas, aquéllos pregonan sus talentos, muchos gritan y piden, otros callan y dan, los más se envilecen en sus miserias, los menos se resignan con su suerte, y todos, fatigados por el violento combate por la existencia, van desapareciendo, como por escotillón, de este colosal escenario del mundo, *yéndose á descansar* perdurablemente en el sepulcro.

Y una vez allí, la muerte es una interminable línea recta, trazada por Dios en la eternidad, sobre la cual han de ir á reposar forzosamente las cabezas de todos los seres, sin que ninguna sobresalga ni un ápice de la fila, alcanzando de este modo cada uno la independencencia, la igualdad y la justicia que en vida tanto ambicionamos. ¡Cuánta satisfacción experimentaríamos si nos pudiésemos ver dormidos sobre el lecho común, allí donde no existen privilegios irritantes ni odiosas jerarquías!

¿Qué resta después de la vida más brillante y seductora?

Un llanto que se agota, unos quejidos que se apagan, una lápida que se oxida, un nombre que se borra, una corona que se seca, una estatua que se cae, un recuerdo que se extingue, unos huesos que se pulverizan para ir á confundirse, al trascurso de los siglos, con el polvo que huellan nuestros pies.

Á esto se reducen todas las grandezas terrenales.

Sin embargo, la vida se ofrecerá siempre al hombre hermosa y amable, porque, con ser tan mala, no ha conocido otra cosa mejor. Y como le consta que necesariamente ha de perderla, para dejarse aquí algo suyo imperecedero, se procura honores y timbres, en los cuales va depositando los gérmenes de una dudosa inmortalidad. ¡Engañadora ilusión!

Si muchos héroes y genios regresaran al mundo después de algunas centurias de ausencia, ¡cuántos desengaños habían de recoger!

.....
El antifaz más raro del dolor es la alegría, y con él puesto, siempre andan incontables hombres por la tierra, hasta que la compasiva mano de la muerte se le quita, enseñándonos entonces el semblante verdadero.

Tan fácil que es morir, y tanto como á veces cuesta conseguirlo á los que viven perpetuamente agonizando! Siempre se ven acometidos por los tormentos que laceran, cuando ellos lo que necesitan son los dolores que matan.

Á mí me han asustado las sonrisas de ciertos hombres al escuchar el fiel relato de algún tétrico poema..... Uno de mis más extravagantes caprichos es el de convertir en mi imaginación al mar en un ser monstruoso, obligándole á que riera con risa humana; y en verdad que no me hace falta realizar este capricho para obtener algo que se le asemeje: me basta fijarme en la humanidad, que es un monstruo mucho más grande, y ver cómo se ríe inhumanamente de sí mismo.

¡Qué espectáculo tan sabroso, como diría Heine, constituye el contemplar á un ser que vive agonizando entre un coro de necios que le asordan con insultantes carcajadas! No sé lo que pasará en otros mundos; pero en éste todo va *perfectamente mal* y todo sucede de la peor manera posible.

Se discute continua y fogosamente, se inventan remedios inútiles, se deplora alguna que otra vez, nos dividimos en numerosos bandos para demostrar nuestra innata afición á la lucha, corren de boca en boca denuestos, sarcasmos y maldiciones, la confusión es espantosa y general. ¡Todos protestamos, pero todos consentimos! No hay nadie que no se crea autorizado para ser reformador; mas difícilmente se halla uno que se avenga de buen grado con la reforma.

Mientras los filósofos se entretienen en descubrir y plantear el perfeccionamiento del mundo moral, esa fecunda raza de criminales de oficio ó por instinto, pública y secretamente, se encarga de confundir y desacreditar á los filósofos.

Cuanto más se pretende encauzar ó contener las diversas corrientes sociales, más acrecen y más pronto se desbordan á su fiero ímpetu.

Cunde el malestar lo mismo por el tugurio que el palacio, ignorándose quién lo trae y lo lleva de modo tan sigiloso para producir tantos estragos.

Arriba y abajo suele vivir la honradez aparente en contubernio con la maldad logrera, siempre á expensas del positivismo, que de día en día va haciendo más prosélitos. El desvalido se rebela contra el que cree afortunado, y le exige á mano armada, si es preciso, que remedie la indigencia; media humanidad se encara con la otra media, echándole injustamente la culpa de sus males que, en último caso, vienen á ser comunes, puesto que la humanidad es moralmente indivisible: ¿quién los causa? ¿de dónde provienen? ¿por qué no se evitan ó aminoran?.... Ninguno se atreve á contestar. Lo único que se sabe es que todos somos más ó menos delincuentes y al mismo tiempo todos nos preciamos de irresponsables.....

Enmedio de tanta gente, ¡cuán abandonado y cuán solo está en el mundo el ser que vive agonizando! Si dirige los ojos á un lado, halla la mentira; si los vuelve á otro, la agresión; si reclama al amigo, le traiciona; si busca al enemigo, le moteja; si suplica al fuerte, le desprecia; si exige al débil, le humilla; si habla no le escuchan, y si calla le escarnecen.

Todos los caminos que se ofrecen á vista del desgraciado conducen al abismo.

Son los seres que viven agonizando verdaderos héroes desconocidos que marchan por el mundo, llevando siempre acuestas el voluminoso fardo de su desgracia y sonriendo de vez en cuando á sus compañeros de viaje, para demostrarles que su infortunio, á pesar de ser tan grande, es fútil y pequeño comparado con su heroísmo. ¡Lástima que los protagonistas anónimos de estas epopeyas del dolor no tengan al morir ni una modesta hoja de laurel!....

Entre los innumerables ejemplos que pasan ante nosotros casi desapercibidos, guardo uno en mi memoria, por ser notabilísimo y habérselo oído referir á uno de mis ilustres maestros, gloria de la medicina española.

Consultóle sobre su dolencia un desahuciado *viejo* de *treinta años*, sencillo, afable y simpático en extremo, que al mirar atraía, al sonreír cautivaba y al hablar producía encantadora sorpresa, revelando en su tez pálida y expresiva esa indefinible superioridad de las almas grandes.

Las causas de su afección eran tantas y de tal magnitud que el eminente Esculapio no se explicaba cómo podía aún vivir. Sus sanas ideas religiosas no le habían permitido suicidarse, y por lo mismo, se acostumbró á soportar la existencia como una incesante agonía. Tal vez era el verdadero prototipo de su clase.

Al verse azotado por la adversidad, fué encenagándose insensiblemente en todos los vicios y le arremetieron todos los males. La embriaguez, el juego, la vileza, la infamia, el crimen y la deshonra, obrando estos factores dentro de su inacabable desventura.

Perdió á sus padres cuando podía sentir hondamente estas irreparables pérdidas; robáronle una regular legítima; ganó con sudor el pan escaso; mató en secreto á su adúltera esposa, á quien amaba con delirio; vió morir retorciéndose en un incendio á su única y adorada hija; pasó ocho meses en el lecho, presa de agudísimos dolores, al cuidado de la caridad oficial, y últimamente, por error de diagnóstico, le declararon loco y fué llevado, *también oficialmente*, á un manicomio,

donde permaneció tres años comiendo y durmiendo con la locura, sin poder, por más que hizo, volverse loco de veras.

Reconocido minuciosamente por el sabio médico, resultó que padecía un aneurisma cardiaco de imposible curación. Luego de prescribirle un plan terapéutico, recomendó mucho que distrajera el ánimo, ya leyendo libros amenos y jocosos, ya asistiendo á los teatros, especialmente al Real, donde aquella sublime música suele servir de precioso lenitivo, y sobre todo al de Variedades, donde se representaba por entonces un chistosísimo sainete, en el cual lucía sus galas cómicas un nuevo gracioso que el público aplaudía con frenesí.

—Por mi parte —añadió el médico,—aseguro á usted que muchas noches voy al coliseo de la calle de la Magdalena, y por triste que me sienta durante el día, al presentarse mi hombre en el proscenio, ahuecando la voz de una manera extraña y envuelto en grotescos disfraces, empiezo á reir como un tonto, y hasta me olvido de mis achaques y disgustos.

Á lo que repuso el enfermo, acentuando más su amarga sonrisa:

—Todos sus consejos los he puesto ya en práctica sin resultado. Voy amenudo al Real, he leído libros jocosos, conozco á ese afamado actor, y con nada he conseguido distraerme. Pero no le sorprenda á usted, porque ese cómico tan aplaudido, ese nuevo gracioso que tanto divierte al público, soy yo.

J. PONS SAMPER.





AQUI Y ALLÁ

BOCETOS SOCIALES

Continuación (1)

—¡Oh! Eso sí. Iba á dar á usted un encargo para ella.

—¿No descansará usted en mi casa?

—No.

—Entonces.....

—Mejor es que diga usted á Ramona que acuda aquí. En este mismo sitio la espero.

—Pero..... ¿qué reparo tiene usted en venir?

Valentín se calló un momento y luego dijo:

—Es una resolución tomada que no puede afectar á nuestra amistad. Pero necesito mucho no irme sin hablar aquí con ella. ¿Quiere usted hacerme el favor de decírselo?

—No faltaré.

—Será para mí una deuda más de cariño.

Apenas dichas estas palabras, ambos vieron á una mujer que corría desalada hacia ellos. Era Ramona, que había visto, ó mejor dicho, que había adivinado á su amante.

(1) Véase la pág. 403 de este tomo.

—¡Valentín! ¡Valentín!—murmuraba ella sin aliento y llegando por fin á arrojarle en sus brazos.

Diez años de mortales angustias les habían separado, y volvían á encontrarse con el mismo amor de otro tiempo.

D. Casimiro de Aspromonte quiso retirarse prudentemente á su casa para dejar en libertad á los dos amantes, pero Valentín le detuvo.

—Puede usted quedarse—le dijo.—Es más, deseo que usted se quede. Mi historia ningún misterio encierra para usted; mi antiguo amor no es ningún secreto, y siempre he obrado de manera que mis actos privados puedan hacerse públicos sin desdoro.

Valentín no tenía aún veintinueve años, y Ramona contaba dos menos.

Pero Valentín había sufrido y pensado mucho. Su tez, bruniada por una vida errante en lejanos climas, estaba también surcada por tempranas arrugas, y todos los rasgos de su fisonomía general le daban cierto aspecto de seriedad y rudeza propias de una edad mucho más avanzada.

Ramona había resucitado á la vida. Estaba muy débil, muy quebrantada, pero era ya otra; su sensibilidad exquisita estaba excitada, y su rostro había vuelto á recobrar casi la animación de la juventud y de la belleza.

—¡Cuánto has sufrido!—dijo Valentín.

—¡Y tú!—murmuró Ramona.

—Al verte venir corriendo y enamorada á mi encuentro, me acordaba de antes, de hace diez años, cuando al regreso de mis estudios, el último año, nos vimos en la entrada de Medina; el verano mismo de todas nuestras desdichas.

—No te acuerdes de tan horrible pasado. Estos momentos de felicidad que ahora al cielo debemos, nos compensan ya de las desgracias de entonces.

—Tienes razón, Ramona. Pero dime: ¿podrás tú olvidar siempre el pasado? ¿Estás resuelta á unir tu suerte al que ha sido un réprobo, humanamente hablando, y ha hecho vida común con ladrones y asesinos?

—¿Olvidarás tú—contestó ella—que la ventana de mi cuarto fué escalada de noche y que mi habitación fué man-

chada con la presencia de un patán aborrecible que quiso atentar contra mi honra?

—¡Cómo no he de olvidarlo! ¿No eres inocente?

—Tanto como tú, Valentín.

—Repíteme que quieres ser mía, Ramona, y juremos aquí mismo unir nuestras dos vidas. Yo vuelvo, libre, á ser tuyo para siempre.

—Y yo quiero repetirte que mi alma te pertenece y perteneció desde que tuve libre albedrío.

—Echada está entonces la suerte. No debemos separarnos ya, Ramona, puesto que somos mayores de edad y árbitros, por consiguiente, de nuestros destinos.

Y Valentín, volviéndose resuelto á D. Casimiro de Aspromonte, le dijo:

—Usted es testigo de que me llevo á mi prometida, que será muy pronto honrada mujer mía. Ella no ha tenido más amparo que el de usted y de su señora en el mundo. Usted ha sido para ella más que un protector, casi un padre. ¿Tiene usted algo que oponer á nuestra resolución decidida?

—Nada—dijo D. Casimiro enternecido,—nada opongo. Son ustedes ambos pundonorosos y libres..... Pero sé que Enriqueta sentirá esta desaparición repentina. ¿Me permite usted, amigo Valentín, que vaya yo á llamarla para que pueda despedirse de su amiga Ramona?

—No me atrevía á proponerlo—contestó Valentín,—pero tendré especial placer en ello, y ha de tenerlo también mi Ramona. Mucho siento no poder evitar á D.^a Enriqueta la molestia de salir de su casa; pero es mi propósito no volver á pisar viviendas donde existan recuerdos de mis antiguas desventuras.

—¿Ni mi casa?....

—Ni la casa de usted, D. Casimiro; porque en ella se encuentran Diego....., Eulalia....., recuerdos de mi pueblo, y.... ¡qué sé yo! personas y cosas que no odio ya, no, pero que quiero olvidar para siempre.

—Respeto mucho los motivos que usted tenga para no entrar en mi casa, y voy á llamar á mi señora.

Valentín, á estas palabras, volvió á ponerse algo más sombrío, y repuso:

—Algunos de estos motivos que tengo, D. Casimiro, los sabe usted. Me he propuesto también no descansar y partir sin tardanza, con el afán de averiguar el paradero de mi hermana Mariquita, que supongo desgraciada y de quien no tengo noticia alguna. He de cumplir además otra misión sagrada, misión para la que necesito olvidar que soy un licenciado de presidio..... Á usted le consta que fuí víctima de malvadas intrigas del pueblo que hizo posible y explicable un error judicial, la condenación del inocente y el premio del culpable. Quise luego olvidarme de mi vergüenza y de haber sido condenado por la justicia.....; quise ocultar mi historia, buscar en apartados climas un refugio á mis males y una manera de purificarme por el trabajo, en medio de organizaciones mejores; pero en todas partes he visto puesta en juego la explotación del hombre por el hombre; en todas partes opresores y oprimidos; en todas partes parias, sin distinción de razas ni colores. Largas son las vicisitudes de mi vida aventurera desde ocho años acá; pero conste á usted, señor de Aspromonte, que, satisfecho de hoy más en mi amor, estoy obligado á emplear cuanto tenga y cuanto valgo, poquísimos sin duda para mis grandes alientos, á la redención de mis semejantes los honrados que luchan y sufren. En esta tarea me dará bríos la felicidad que aún me depara el cielo, devolviéndome hoy á mi Ramona.

Valentín no era ya el joven cándido é inexperto que hemos conocido. Sus palabras revelaban determinaciones irrevocables, y en sus ojos y en su despejada frente se leía la vocación de un apóstol en desgracia.

Don Casimiro fué á llamar á Enriqueta, con el propósito de traer también su caballo para Valentín.

Entretanto, los dos amantes volvían á mirarse y á sonreír con la curiosa y franca expansión de dos niños.

El amor había restablecido la salud de Ramona y trasformaba por completo á su antiguo novio.

—¡Qué terrible pesadilla esa que ha durado diez años!— volvió á decir él, cogiendo las manos de la joven.

—No pienses ya en ellos.

—No me es posible olvidarlos.

—¿Por qué?

—Hay en este intervalo de tiempo sufrimientos horribles que desconoces todavía y habrás de conocer más tarde para ayudarme á seguir siendo honrado..... ¿No te extraña que haya yo tardado tantos años en volverte á ver, queriéndote como te he querido?

—Creí haberte perdido para siempre, y el amor y la tristeza me volvieron loca.

—¡Querida Ramona!

—Hoy el placer me vuelve también loca; pero no temo ya los efectos de esta locura que me da nueva vida.

—Tienes razón. Dios es al fin justo.

—Hubo algún tiempo en que te creí muerto para siempre, Valentín mío.

—Y ha habido instantes en que he deseado, en efecto, la muerte. Al salir de la cárcel, Ramona, no tuve valor para volver á Medina; me creía deshonorado y creía deshonorarte con mi amor.....

—Yo estaba gravemente enferma, y en mis calenturientos sueños no pensaba más que en tí.

—Horriblemente había sufrido también y sufría el espíritu mío. Después de una violenta crisis me decidí á buscar un salario en cualquier parte, un miserable salario de esos que la nulidad ó la miseria aceptan á cambio de rudas faenas. Fuí explotado peor que un negro por algunos infames que en todas partes trafican con blancos. Mis manos y pies se encallecieron en los más brutales esfuerzos; mi rostro se curtió con los fuegos del sol que quema hasta el cerebro y con la humedad de las noches que reblandece los huesos; mis fuerzas se quebrantaron y hasta perdí mi salud en medio de la vida más miserable; y cuando me creía ya á punto de morir, recordando con dolor mi tranquila vida pasada y las dulces horas que á tu lado había tenido, brilló en mí la última esperanza, no pude ya estar más tiempo sin verte, anduve leguas, no perdoné cansancio, y aquí me tienes, pobre, sí, pero con grandes alientos y decidido á hacerte feliz á toda costa,

y á ser dichoso al lado tuyo.—Ramona estaba callada. Sus ojos, fijos en los de Valentín, le contemplaban inmóviles, con la admiración con que se mira á un héroe, con el arroboamiento con que ruega á Dios una santa.

—Te entristezco, Ramona, y no debe ser así. Tú tienes más razón que yo: no debemos pensar ahora más que en nuestro amor y en nuestra ventura.

Ramona se colgó del cuello de su amado.

En aquel momento aparecieron D. Casimiro y D.^a Enriqueta con una cabalgadura.

Cordialísima y tierna fué la despedida.

—¿Adónde van ustedes?—preguntó D.^a Enriqueta, disimulando una lágrima.

—Á Madrid—respondió Valentín.

—¿Volveremos á vernos?

—De nada desconfío ya.

—¿Ni siquiera de visitarnos en nuestra ciudad?

—Ó de ver á ustedes en la corte.

—Es más difícil.

—¡Quién puede prever los vaivenes y exigencias de la vida!

—¿Tendremos noticias?

—Las tendrán ustedes á no tardar.

Poco después, Valentín colocó en la grupa del caballo á Ramona, montó á su vez, y ambos, saludando y sin darse apenas cuenta de lo que por ellos pasaba, desaparecieron entre las sinuosidades y la vegetación del monte.

Durante un largo rato, D. Casimiro y D.^a Enriqueta se quedaron mirando á los dos amantes que á galope se alejaban, él dirigiendo su cabalgadura, y ella á él ceñida, dejando flotar al aire su ligera bata de verano.

.....

Pero la mañana del día siguiente á estos sucesos que acabamos de referir, el cortijo de Aspromonte era testigo de una desgracia grande, de una verdadera catástrofe.

Presentóse allí el juzgado con una pareja de la guardia civil, y el juez instructor de una causa criminal, puso, en medio de todas las consideraciones posibles, á D. Casimiro incomunicado, le tomó declaración; y, guardando el secreto de

la sumaria, ordenó que fuese inmediatamente trasladado á la capital de la provincia.

¡Cómo era posible semejante medida judicial contra el respetado y respetable D. Casimiro, el contribuyente de mayor influencia, el cacique por derecho propio y reconocido por todos! ¡Qué escándalo para las gentes de aquella provincia! ¡Cuánta sorpresa no había de producir la noticia, y á qué misteriosas hablillas y raras conjeturas no se prestaría tan extraordinario suceso!

Lo cierto es que la fatalidad parecía perseguir al simpático dueño del cortijo. Apenas libre del descorazonado usure-ro, caía, por un grave error sin duda, en manos de un tribunal. Pero ¿qué había ocurrido? ¿Qué significaba aquel auto del juzgado? ¿Qué crimen se perseguía?.... Ni D.^a Enriquetta, que fué víctima de un síncope, ni sus despavoridos huéspedes sabían acertar aquel enigma.

Sólo una persona estaba quizás en el secreto, y esta persona era D. Diego Medina.

CAPÍTULO XV

EL GOBIERNO CIVIL

Durante aquellos días de gira se había verificado un importante cambio político en España. Uno de los muchos partidos que, no siempre por las ideas, sino por el disfrute del presupuesto, luchan sin tregua, había llegado repentinamente y con buena fortuna á la cúspide del poder querido.

Entre los innumerables empleados que, de escalera abajo, se identifican con su cargo oficial—y no sirven de ordinario en todos los partidos sino para ocupar algún puesto más ó menos lucrativo en una oficina cualquiera, donde la principal tarea consiste en pasar el tiempo sin hacer nada,—reinó un verdadero y justificado pánico.

La *Gaceta* venía llena de cesantías y nombramientos. Cada correo traía enormes paquetes de reales órdenes y disposiciones de los centros directivos, removiéndose de arriba abajo

el personal oficinesco. Así ha solido gobernarse y hacer política en España por aquellos que más predicaron en la oposición y cuyo único oficio es convertir á toda costa la política en provecho propio.

El gobernador civil de la provincia en que nos hallamos había presentado la dimisión por telégrafo, y tan importante cargo fué conferido en interinidad por el nuevo gobierno central á un respetable propietario de la misma provincia, que sólo había aceptado por ciertos compromisos de amistad personal con el ministro, paisano suyo, y para hacer honor á su cargo de presidente de la comisión permanente de los diputados provinciales.

Despachando se encontraba el gobernador interino con su secretario, abriendo y leyendo las varias cesantías que llegaban, cuando se fijó en uno de los oficios é hizo un involuntario gesto de disgusto.

—Siento—dijo al secretario—tener que firmar el traslado de esta cesantía.

—¿Es de algún empleado importante? ¿Ó será de alguno antiguo y probó?—preguntó el secretario.

—No tiene importancia el empleo, y hasta ignoro si el interesado desempeña bien ó mal su cometido.

—¿Será entonces algún amigo de usted?

—Tampoco. Es uno de mi pueblo, y no será extraño que me cuelgue á mí el milagro de su cesantía, siendo así que no he tenido parte alguna en este asunto. Gajes del oficio.

Y el gobernador interino entregó la comunicación del ministro al secretario.

—¡Ah!—exclamó éste.—El nuevo cesante es D. Diego Medina. Nada perderá el servicio. Ese tal D. Diego es la más completa de las nulidades.

—Bueno. Désele traslado.

—Le vendrá la cesantía como pedrada en ojo de boticario.

—¿Por qué?

—Acaba de llegar del campo, adonde había ido á divertirse con un mes de licencia. No esperará seguramente tal noticia por remate de fiesta.

—¿Se ha presentado en la oficina?

—Esta mañana.

—Pues se le acabó el trabajo de venir. No es cosa de dirigirme ahora con pretensiones al ministro para un destino de ocho mil reales y en beneficio de una persona que por otra parte no lo necesita.

—Y no lo merece. Ya he dicho á usted que es algo menos que un mediano escribiente.

—Lo siento, sin embargo.

—Creo que su mujer tiene algunos bienes.

—Debe tener lo bastante para vivir modestamente en el pueblo; pero no creo que en la capital pueda andar muy rumbosa con lo que le queda.

—Pues él se dice rico.

—No lo es. Ha gastado mucho más de lo que podía, y poco tiene ya. Pero no debo en este momento contrariar las exigencias políticas del ministro. Más tarde veremos.

El secretario se dedicaba á coleccionar notas y oficios, y el gobernador quedó un momento pensativo, se levantó luego de su sillón y empezó á dar paseos de arriba abajo por su despacho.

Digamos desde luego que el personaje que encontramos ahora con el cargo interino de gobernador civil es precisamente D. Emilio Alba, nuestro antiguo conocido, el rico ex-novio ó enamorado de Mariquita.

—Creerá que es una venganza mía, cuando es lo cierto que no he vuelto á acordarme de tal ente. ¡Qué remedio! ¡Así son las cosas del mundo!

—No sería tampoco extraño—añadió el secretario,—que para complemento de fiesta mandase el juzgado cualquier día su detención en la cárcel.

—¿Por qué?

—Ha venido hasta ahora prestando sus servicios en la tesorería, y como la sumaria del robo que se ha verificado en la caja sigue su curso.....

—No me hable usted de este maldito asunto. El muy honrado D. Casimiro de Aspromonte está preso por indicios, y sin embargo..... ¡es inocente! Yo pondría por él las manos en el fuego..... He hablado largamente con el juez, y éste

opina como yo; pero dice que las apariencias son fatales, los deberes del tribunal ineludibles, y se pierde en un cúmulo interminable de conjeturas.

—No será difícil que por el hilo se saque al fin el ovillo..... También hago yo mis investigaciones aparte sobre dicho misterioso robo, y cuento poder participar á usted pronto mis opiniones y su fundamento.

—Me vuelvo loco pensando en estas cosas.

Pero dejemos el gobierno civil y dejemos también á don Emilio Alba, viudo y con un hijo, pero todavía turbado de vez en cuando con sueños á que no era ajena la imagen de su nunca olvidada Mariquita.

Todas las familias que pocos días antes se encontraban en el cortijo de D. Casimiro de Aspromonte y del Solano habían regresado á la ciudad. Las bromas del campo habían dado trágica y repentinamente fin, volviendo todo á la normalidad acostumbrada.

Nos equivocamos al decir que todo volvió á la normalidad anterior á las giras. El pobre D. Casimiro se veía en una prisión preventiva, víctima de fatales coincidencias y de alguna acusación que á todas luces debió ser un falso testimonio. Á fin de comprender algo de lo que pasaba, es preciso recordar el despecho de Marchamero, la reyerta que tuvo con el Sr. de Aspromonte y las palabras que mediaron con D. Diego de Medina, cuando éste pedía dinero al irritado prestamista. Ya recuerdan también nuestros lectores que D. Gaspar dió una cita á Diego en la Venta del Molino, situada á una media legua de la ciudad.

Es menester ahora que emprendamos la relación de lo ocurrido desde aquella tarde y que sigamos paso á paso al famoso D. Gaspar Marchamero que, según hemos visto, abrigaba cierto proyecto ó plan fecundo que quiso comunicar á su amigote Diego.

Marchamero, después de las amenazas de hacer efectivo el pagaré á su vencimiento, es decir, á los ocho días, quedándose con el cortijo, que era como prenda pretoria en caso de insolvencia del deudor, abandonó el cortijo sin despedirse de nadie.

El cortijo distaba algo más de legua y media de la capital, y Marchamero comprendió el camino á pie, pero con mucha calma.

Al llegar cerca de la Venta del Molino eran las nueve de la noche. Se había detenido con frecuencia, sentándose pensativo y discurriendo.

Aquella noche era de tibio ambiente y espléndida, con toda la luz, toda la riqueza de azul y oro, arriba, en la bóveda celeste; y abajo, con todos los extraños y mil rumores que nacen con fuerza en la callada campiña á impulso de las expansiones vitales de una noche primaveral, casi comparable por su temperatura á las calurosas del estío.

Pero nuestro hombre no había tenido nunca el capricho de fijarse en la magnificencia de lo alto con sus grandes y elocuentes misterios, ni en los atractivos de las sombras de abajo, proyectadas por la campiña, bosques y montañas, en un horizonte mágico. Nada le decían los rumores del aire, de la espesura ni del manso río. Era joven, pero sin asomo de poesía en el alma, muy metalizado y demasiado práctico para saber leer algo en los espectáculos de la naturaleza; se limitaba á perseguir furioso al casi invisible y punzante mosquito que le molestaba ó se entretenía en apalear al hediondo sapo que por desgracia se cruzase en su camino.

Á poco de llegar á la Venta del Molino, vió venir á don Diego Medina, puntual á la cita entre ambos concertada.

Hubo una misteriosa y animada conversación entre ambos, pero en voz muy baja, aunque no podían suponer que nadie les escuchase. Existe siempre cierto rubor innato hasta en los delincuentes, cierto rubor que obliga á expresarse á medias palabras y casi al oído, cuando las frases han de ser poco ó mucho vergonzosas para el que las pronuncia y no pueden oirse sin repugnancia por todo el mundo.

Llegó, sin embargo, un momento en que D. Diego Medina parecía entusiasmarse, y dijo bastante alto y en voz muy comprensible y clara:

—¡Si sale bien, es un magnífico negocio!

—Es, en efecto, un negocio redondo—contestó Marchamero.—Y lo mejor del caso es que, por pocas precauciones que

tomemos, no cabe imaginar peligro alguno. Ya sabes lo que te he dicho: la cuestión es que no nos encuentren juntos y que nadie llegue á sospechar que hemos entrado en la casa.

—Si al entrar en la ciudad es preciso tener cien ojos, los tendremos.

—Bueno. ¿Te empeñas en saltar la tapia del jardín?

—Sin dificultad lo hago en un *santiamén*. Ya sabes que soy fuerte y bastante ligero.

—Perfectamente. Será bueno entonces que vayas tú antes, Diego; yo iré un poco más tarde por si acaso.....

—Como no hemos de empezar la faena hasta que estemos reunidos y seguros de que nadie se ha apercebido de nuestra entrada.....

—Eso es. Espérame en la puerta trasera de la casa..... Daré tres golpecitos para que me abras.

—Corriente. No hay más que hablar. Bien merece, por otra parte, arriesgar algo la importancia del negocio.

Al llegar á este punto de la conversación, ambos interlocutores se callaron.

Lo que no sabían es que una tercera persona se enteraba de lo poco que en alta voz decían, y esta persona era precisamente Valentín, que ocupaba el desván de la Venta del Molino desde la llegada allí de Marchamero.

D. Diego Medina fué el primero que se separó, dirigiéndose á la ciudad, y D. Gaspar Marchamero no tardó en seguirle, una media hora más tarde.

Cuando este último entraba por la primera calle, eran ya más de las once de la noche. Todo el mundo dormía, ó cuando menos no aparecía un alma por aquellas callejuelas, y sólo en alguna éncrucijada brillaba el farol del aburrido vigilante nocturno, arrimado á una puerta para buscar también el relativo descanso que su única profesión de cantar las horas le permitía.

Marchamero llegó sin ser visto de nadie á un callejón donde daba precisamente una puertecita del corral de la casa de D. Casimiro de Aspromonte. Dió el usurero tres suaves golpecitos á la puerta en cuestión, que se abrió misteriosamente y de improviso, facilitándole la entrada sin más con-

secuencia que los ladridos de un perro de un labrador de la vecindad y el repentino canto de un gallo que, turbado sin duda en su reposo, se despertó con los acostumbrados gritos de alarma, de los que nadie hizo caso.

No hubo más novedad que la sombra de un hombre que se deslizaba momentos después á lo largo de la tapia de la misma casa por la parte exterior, y miraba mucho, parándose luego como maravillado de ver lo que en la puerta del corral de la casa del Sr. Aspromonte había ocurrido. Á la pálida luz del farol de la esquina hubiéramos podido reconocer que aquel curioso era el mismísimo Valentín, que algo de aquellos planes había sospechado ya, por lo poco que oyó desde el desván de la Venta del Molino.

Dos días después, Diego volvía á estar entre las familias del cortijo, que no pudieron aperebirse de su ausencia; porque se presentó cabalmente en el momento de la escena del simulado entierro de su mujer, y sus madrugadas y correrías por los sitios del contorno solían ser por demás frecuentes y á nadie extrañaban.

Entre tanto, se hizo público que la caja de fondos provinciales había sido robada. Faltaban treinta mil duros en oro, y aquella caja estaba precisamente instalada en un piso bajo contiguo á la casa de D. Casimiro.

De la inspección hecha por el juzgado que entendió en la causa, resultó una abertura en la tapia que separaba la casa del Sr. Aspromonte de la oficina provincial. Aquella abertura pudo haberse practicado y aun haber pasado desapercibida varios días por las malas condiciones del material y por quedar disimulada con dos tablas de entarimado que, después de efectuado el robo, debieron volver á colocar los ladrones hábilmente.

El juez se perdía en conjeturas, sin encontrar indicio ni rastro que le indujese á sospechar quiénes podrían ser los autores del crimen, cuando fueron llamados á declarar los vecinos que vivían enfrente de aquel sitio. Marchamero era uno de ellos, y en su declaración expresó que nada sospechaba del Sr. de Aspromonte, persona de buenísima fama, intachable conducta y honradez acrisolada; pero que existía la

extraña circunstancia de haber pagado recientemente aquel señor una crecida suma que pocos días antes había confesado no tener dispuesta.....

Cuando D. Casimiro fué interrogado por el juez, se turbó más de lo conveniente; confirmó que pocos días antes se encontraba en apuros graves y no pudo pagar á Marchame-ro, no sabiendo tampoco cómo explicar de una manera satisfactoria la procedencia de la respetable cantidad que había aprontado por sus deudas y para evitar el embargo del cortijo.

Aquella falta de claridad en las explicaciones, falta de claridad motivada por delicadeza y por no querer hablar de Valentín, bastó para que contra él se dictase el auto de detención por el juez instructor que entendía en aquella tan misteriosa causa.

Pero supo Valentín lo que ocurría. Estrechó entre sus brazos á Ramona, con la que ya estaba legítimamente unido, y confiándola durante su ausencia á una buena anciana en cuya casa se hospedaba sin haberse dado á conocer, tomó la resolución de presentarse en el juzgado.

Explicó allí sencillamente y con toda verdad alguna de las incoherentes frases que había oído en la Venta del Molino, y que sin embargo nada aclaraban; dijo que una de las noches en que pudo verificarse el robo, vió que un hombre, cuyas facciones no distinguía realmente, aunque sospechaba quién era, entró por la puerta excusada de la casa de don Casimiro, añadiendo que el dinero que este último había recibido para pagar sus deudas le fué facilitado por el mismo declarante.

Pero Valentín era licenciado de presidio, iba pobremente vestido y confesó que no contaba más que con su trabajo personal, y que debía la suma prestada á D. Casimiro á la generosidad de un amigo íntimo cuyo nombre estaba resuelto á no revelar.

Todo esto era muy enigmático, muy oscuro; se prestaba á muchos comentarios, y Valentín fué también detenido en aquel mismo momento como sospechoso.

Gracias á la oporfuna intervención del Sr. D. Emilio Alba,

diputado provincial y gobernador interino, la detención de Valentín fué corta y la procedencia del dinero que á Marchamero entregó D. Casimiro quedó explicada.

Aquella cantidad había sido facilitada precisamente por D. Emilio Alba á Valentín, con quien desde larga fecha estaba en cordial correspondencia. Lo sucedido era que, habiendo Valentín manifestado vivos deseos de remediar una verdadera desgracia, por medio de un anticipo reintegrable sin ningún género de duda, el Sr. Alba, que en Valentín tenía una confianza ciega y absoluta y estaba siempre dispuesto á venir en auxilio de todos los grandes y verdaderos infortunios, le había entregado la cantidad momentáneamente necesaria para librar de la vergüenza á una familia cuyo nombre no preguntó ni quiso saber. Por otra parte, Valentín, que durante las varias y dolorosas peripecias de su vida jamás había solicitado ni admitido cantidad alguna del señor Alba ni de nadie para hacer frente á sus propias penurias, á pesar de repetidos ofrecimientos de su amigo, tuvo ahora cierto empeño en constituirse deudor suyo, reservando el nombre de la persona necesitada y comprometida á reintegrarle el préstamo.

Estas declaraciones del Sr. D. Emilio Alba, que obraron en autos, bastaban para aclarar muchas dudas y poner en libertad á Valentín, desvaneciendo también la mayor parte de las sospechas que sobre D. Casimiro de Aspromonte injustamente pesaban en la sumaria.

CARLOS SOLER ARQUÉS.

(Se continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA

El Ministro de Fomento ante las oposiciones.—Los discursos y los presupuestos generales.—Falsa alarma.

Sucédense discursos é interpelaciones, á cada paso, con el propósito de convertir la enseñanza en un instrumento político. Recordamos el último debate promovido en la alta Cámara contra el Sr. Isasa, debate en el que terciaron los Sres. Conde de San Bernardo, Calleja y Merelo, demostrando el Ministro que los cargos que se le dirigen no reconocen otra causa que errores fusionistas y la imposibilidad en que se encuentra de admitir nuevos aumentos en los gastos de Instrucción pública.

Es el Sr. Isasa persona ilustrada, ha pertenecido al profesorado público, tiene amor á la enseñanza y á sus progresos, admite y patrocina todo cuanto, teniendo carácter práctico, redunde en beneficio de la ciencia ó de la cultura patria; pero pretende limitar el estímulo al funcionarismo y á la empleomanía, caracteres muy tristes de nuestra época; resiste, en bien de la enseñanza pública y del Tesoro nacional, para que el Estado no cargue con la obligación de sustituir en todas las esferas á la iniciativa y al concurso de las provincias, de los municipios, y aun de la sociedad misma.

Por error del partido constitucional caminamos á la absorción de toda la enseñanza pública por el Estado. Tenía á su

cargo la universitaria, la especial y la profesional; costea casi toda la popular, que, como su título expresa, es gratuita; ha absorbido recientemente la normal y la segunda enseñanza, ó sean los Institutos, y el Sr. Calleja anuncia como irremediable y próxima la absorción por el Estado de la instrucción primaria, que suma de trece á catorce mil escuelas, sin contar las privadas, y cuesta muchos millones de pesetas, sin ofrecer, como la superior y profesional, ingresos, pues es gratuita para la generalidad, á más de obligatoria.

En ningún país del mundo se ha verificado tan completa absorción, que mata la iniciativa individual, desinteresa de la enseñanza á las corporaciones provinciales y á las municipales, é impide cualquier adelanto; pues de tal modo se halla nuestro público familiarizado con la centralización y la uniformidad, que lo que se decreta para un establecimiento habrá que decretarlo para todos, multiplicándose para el Estado siempre por 50, por 100 ó por más un gasto que para cada provincia hubiese supuesto poco.

Otro efecto de la absorción es también visible; pues, reunidos en la mano del Estado todos ó casi todos los establecimientos provinciales de enseñanza y obligado aquél á aquilatarlos y pesarlos, á más de ser muy difícil autorizar uno nuevo, surge inevitablemente la idea de un examen del número actual de dichos establecimientos comparado con las necesidades que satisfacen.

No son los fusionistas los que pueden presentar quejas de un Ministerio cuyos organismos siguen absolutamente en las mismas manos de siempre, dando ocasión con mucha frecuencia á notas tan graciosas como la que acaba de ser reproducida por la prensa diaria, y está redactada así:

«El Sr. Menéndez Pelayo ha presentado la dimisión de su cargo de Consejero de Instrucción pública. Con motivo de esta dimisión se dice lo siguiente. No hace mucho días que estaba vacante en la Universidad Central una categoría de ascenso. Aspiraban á ella los catedráticos D. Nicolás Salmerón y Alonso y D. Marcelino Menéndez Pelayo, y fué adjudicada á un autor de un *Compendio de Geografía*. ¿Por qué? Porque, según la ley, los Sres. Salmerón y Menéndez Pelayo

no han escrito obras favorablemente informadas por el Consejo de Instrucción pública.»

Nada nos extraña en esta parte. Son tan contradictorias las disposiciones legales á que hoy se acoge el Consejo, y tan varia la interpretación dada, según los casos, que tales y otros *lapsus* mayúsculos son todavía posibles á diario, y seguirán siéndolo mientras no se reformen antiguos y viciosos organismos cuya defensa y cuyo sostenimiento son ya imposibles.

*
* *

Sigue el debate del proyecto relativo á la ampliación de la facultad de emitir billetes y prórroga del privilegio del Banco de España con el interés que inspiran siempre los grandes problemas, pero con la tranquilidad y la calma que debe dominar cuando existe el convencimiento de que no hay peligro alguno en lo que se pide y que los impugnadores obedecen sólo á compromisos políticos ó á ideas dignas de respeto, siquiera sean equivocadas y no reflejen la realidad.

Era natural que al Senado español, compuesto de personalidades ilustres y de madurez de juicio, no llegase esa atmósfera artificiosa que ciertas publicaciones y algunos centros populares se han empeñado en formar en torno del proyecto, obedeciendo tal vez más á miras egoístas que á móviles elevados; pero así y todo, es consolador para el régimen parlamentario y la elaboración de las leyes ver cómo quedan á las puertas de las Cámaras las exageraciones y los apasionamientos, y cómo dentro de ellas se razona con juicio sereno y reposado, que contrasta con el fuego que algunos que están fuera quisieran comunicarles.

Sobre la discusión de los presupuestos hizo el Sr. Ministro de Hacienda estas declaraciones en el Congreso:

«Yo no puedo partir del supuesto de que no vayan á ser discutidos los presupuestos para 1891-92. Yo creo que todos tenemos obligación de que se cumpla el precepto constitucional que manda que los presupuestos sean anuales y no bienales, y contando con el patriotismo de las oposiciones, entiendo que sobra tiempo para discutir los presupuestos.»

Lo único que digo en este momento es que las oposiciones tienen que escoger una de estas dos cosas: ó que rijan los presupuestos actuales de 1890-91 para el año 1891-92, ó que se discutan y aprueben los que el Gobierno ha traído, y yo necesito verlo para creerlo, que las oposiciones, haciendo por primera vez obstrucción á la ley de presupuestos, lo cual no se ha hecho jamás, se empeñan en que rijan los presupuestos de este año en vez de regir los que el Gobierno ha presentado. Para discutir y aprobar los presupuestos del año que viene, con pocas sesiones habría, en todo caso, lo suficiente, puesto que las diferencias entre el uno y el otro son pequeñas.

»Y digo más: si las oposiciones tuvieran algún empeño especial sobre algún punto determinado, podrían manifestarlo para ver si nos poníamos de acuerdo; y eso sería mejor que dejar sin cumplir el art. 85 de la Constitución. Yo, que sé por experiencia propia de hace mucho tiempo que presupuestos que se han empezado á discutir después de la época en que estamos del año, ha habido, sin embargo, tiempo bastante para que sean aprobados á tiempo, no puedo aceptar, porque creería que me adelantaba á hacer una ofensa á las oposiciones; no puedo aceptar, digo, el supuesto de que los presupuestos de 1891-92 no van á ser discutidos y votados en lo que resta de legislatura.»

Asimismo, el Ministro de la Gobernación, Sr. Silvela, asegura á cuantos le preguntan respecto de tan interesante cuestión que el Gobierno tiene el decididísimo propósito de conseguir la aprobación de los presupuestos, aunque para este fin hubiera precisión de tener abiertas las Cortes todo el mes de Julio y aun todo el de Agosto, pues, aparte la importancia que entraña el cumplir ó no cumplir el art. 85 de la Constitución en este punto, la ley económica presentada por el Sr. Cos-Gayón comprende una reforma benéfica para los sueldos de los militares que desde el mes de Octubre está ofrecida y el Gobierno desea realizar.

Como se ve, el Gobierno sostiene la necesidad y conveniencia de cumplir el precepto constitucional, para lo que hay tiempo, según los precedentes que existen, y se halla

además animado del mejor deseo de concordia. Esto sin contar con que, clamando tanto como se clama en favor de las economías, y haciéndose algunas de consideración en los presupuestos presentados, es lógico que el país contribuyente sienta el ansia natural por que se realicen.

*
* *

Grande ha sido la algazara promovida por algunos periódicos con motivo de supuestos desastres en Mindanao. No se tenían noticias concretas y se abultaban los pesimismoes imaginarios; pero han llegado al fin cartas y periódicos de la colonia oceánica, y son ya conocidos muchos pormenores de la expedición llevada á cabo en Mindanao, particularmente en el territorio que se encuentra desde Misamis al distrito de Pollok, en cuyo espacio de terreno se halla comprendida la laguna de Lanao.

Son los moros contra quienes se ha dirigido la expedición gente que, por su carácter y condiciones, bien merece que se le dediquen algunas palabras. Su jefe superior es un Sultán independiente, por decirlo así, del que gobierna la parte del Río Grande de Mindanao, cuyos dominios son en ambos fronterizos, si bien sus fronteras no están demarcadas como suelen estarlo en los países civilizados. El citado jefe ó Sultán se llama Abung-Abung ó Balabagan, y domina gran extensión de territorio, cuya limitación es imposible hacer con exactitud; pero bien se puede decir que se encierra en el puerto de Pollok y termina en la bahía de Iligan, y que comienza en la punta de Flechas y termina en el puerto de Pollok.

Las costumbres de estos moros son salvajes; capitaneados por sus *dattos* ó cabecillas, bajan del interior á las poblaciones cristianas, á las cuales atacan, robando cuanto puede excitar su codicia, y además haciendo cuantos cautivos pueden, particularmente mujeres y niños. No son aficionados á la agricultura; hay algunos que se dedican á la pesca en la bahía Illana. Sus prácticas religiosas son bastardeadas del mahometanismo más grosero.

Sus armas suelen ser, las de fuego, fusiles de pistón y de chispa muy antiguos, de procedencia inglesa; hay algunos que usan buenas carabinas. Emplean además la *lanza*, el *cris*, el *talibón*, etc., que manejan con gran destreza, y protegen su cuerpo con rodela de madera de diversas formas. En las *cottas* y embarcaciones usan de la *lantaca*, cañón parecido á las antiguas culebrinas españolas. Su manera de atacar nunca es de frente; esperan emboscados, y, como el tigre, traidoramente se lanzan sobre sus víctimas; si se consideran fuertes y protegidos por el terreno, muéstranse orgullosos y altaneros; mas cuando se ven acorralados, se defienden como las fieras, que saben no les queda más remedio que morir matando.

Contra esta gente el General Weyler ha dirigido la expedición que por mar y tierra se está llevando á cabo, habiendo á este efecto dicha autoridad militar dispuesto que suficiente número de soldados peninsulares é indígenas embarcaran con él, habiendo llegado á mediados del mes anterior á Parang-Parang, que es, por decirlo así, el punto donde han afluído nuestras principales fuerzas de mar y tierra.

Que la expedición reviste importancia, lo demuestra el hecho de haber sido ocupado con toda felicidad el 28 de Abril el seno de Barás, que está formado por la isla de Ibus y la costa de Mindanao. La población mora se halla diseminada entre los cocales y carrizales que hay en la orilla derecha del río, y, atravesando los montes, fácilmente se llegará á la laguna de Lanao, cuyos moros tienen frecuente trato con éstos. Barás ha sido fortificado por el General Weyler, y en la ocupación no ha habido que lamentar ninguna baja.

Poco después, siguiendo por el mismo terreno, en el cual se hallaban fortificados los moros en la cotta de Lipana, el teniente coronel Sr. Marina, al frente de una compañía del regimiento peninsular de artillería y los soldados del regimiento núm. 68, atacó dicha cotta, consiguiendo tomarla á la fuerza. Á los gritos de ¡viva España! nuestros soldados se arrojaron contra los moros que, parapetados tras su fortaleza, querían resistir; pero poco les valió su bravura, pues los nuestros entraron en ella con sólo haber salido herido un

soldado. También el teniente coronel Sr. Hernández, con otra compañía del regimiento peninsular de artillería y los soldados del 72, tomó á viva fuerza la cotta de Buldun, donde se fortificaron los moros; pero no sirvió su resistencia, y tan bien dirigida fué la operación, que los nuestros la tomaron fácilmente, no sin que un juramentado, peleando como una fiera, nos causara dos muertos y cuatro heridos; en cambio los moros tuvieron seis muertos vistos y bastantes heridos, algunos de los cuales es posible fallecieran al poco rato, porque esa gente, cuando se juramenta ó trata de resistir, se hace matar.

El espíritu de las tropas está enardecido, y todos se hallan animados en vista del éxito.

A.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Dictionnaire international des écrivains du jour, por A. DE GUBERNATIS.—*Florence*, 1889-90 y 91.—*Tres volúmenes en folio menor, con un total de 2.088 páginas, á dos columnas, y distribuídas casi por igual entre los mismos, forman la obra cuyo título queda indicado á la cabeza de estas líneas.*

Trabajos de tal índole apenas se concibe puedan llevarse á feliz término por una sola persona, siquiera sea ésta de tanta erudición y de tan relevantes cualidades como el señor Gubernatis, y en el breve espacio de tiempo invertido en su publicación. Verdad es que ya su ilustre autor lo había hecho preceder de lo que podríamos llamar su base y fundamento: de un *Dizionario biografico degli scrittori contemporanei*, escrito, como su nombre indica, en italiano, y de menor alcance y más modestas proporciones que el que ahora examinamos, escrito en francés y dando al carácter internacional que le distingue, el posible desarrollo dentro del extensísimo círculo que la obra abarca y comprende.

De los 9.152 artículos que en ella se hallan, corresponden á los franceses 2.434, á los italianos 1.930, á los alemanes y

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

austriacos 1.885, á los ingleses 530, á los suizos 434, á los belgas 380, á los rusos 205 y á los españoles 183, empezando ya desde nosotros el decenso hasta la sencilla unidad para la isla de Java y la Australia. De la preferencia dada á franceses é italianos no debemos quejarnos, considerando el papel que en la moderna civilización representa Francia y la base obligada del trabajo, al fin y al cabo realizado por un italiano ilustre. Pero esta clase de obras no pueden apreciarse bajo el prisma de una determinada nación y con especial y limitado interés; porque de esta suerte, el juicio resultaría parcial y estrecho. Así es que haciendo justicia á la labor difícil y en general acertada é imparcial del Sr. Gubernatis, los principales periódicos y las más importantes revistas de Europa la elogian sin reserva, y nosotros no podemos menos de unir nuestra voz humilde á la de tantas publicaciones como consagran á su examen valiosas páginas. Entre ellas séanos permitido recoger, por el crédito que representan y la sencilla exposición del criterio que sostienen, algunas de las que al asunto dedican la *Revue des Deux Mondes* y la *Revue critique d'histoire et de littérature*.

Dice aquélla que «el Diccionario de Gubernatis es el más completo y el mejor informado, no solamente sobre los escritores italianos ó franceses contemporáneos, sino acerca de los escritores rumanos ú holandeses, por ejemplo, de cuantos Diccionarios del mismo género se han publicado en lengua alguna.»

La *Revue critique* se expresa de esta suerte: «Lo que constituye la originalidad del libro es el tono general que reina en él. Se sale del estilo oficial que es costumbre en esta clase de obras, y se halla uno agradablemente sorprendido de encontrar, al lado de noticias las más exactas y circunstanciadas, las apreciaciones de un hombre que siente y que piensa. Inútil es añadir que sus apreciaciones está presentadas de una manera discreta, y que si las simpatías del autor se dejan entrever, no se da ocasión alguna á la polémica ó al espíritu de partido.»

Entre los 183 nombres de españoles que se citan, no diremos que esté de más ninguno, pero sí podemos asegurar

que echamos de menos algunos de verdadera notoriedad por sus obras y por su importancia científica y política.

Falta es ésta que podría fácilmente subsanarse en adelante, en los nuevos suplementos con que de seguro seguirá enriqueciendo el Sr. Gubernatis su Diccionario. Por lo demás, y aunque á las veces no está bien relacionado el espacio que en el mismo consagra á determinados nombres con la autoridad y el mérito que éstos tienen, pecando, por lo contrario, en ciertos casos en que esa relación excede en el libro á lo que debería de ser, ello es lo cierto que, en general, de los nombres que se citan, da una idea bastante exacta para saber de quiénes se trata y conocer sus rasgos distintivos y sus principales méritos y circunstancias.

Por último, no terminaremos estas líneas sin encarecer al Sr. Gubernatis la conveniencia de un índice especial por naciones, de los nombres comprendidos en la obra; lo cual facilitaría grandemente el trabajo del que haya de manejarla.

De todas suertes, el Diccionario de que se trata merece un lugar preferente en toda biblioteca, y recomendamos su adquisición á cuantos deseen, con ahorro de tiempo y facilidad de medios, conocer los escritores contemporáneos de cierta nombradía en cuarenta naciones ó Estados; que tal es el número que el Diccionario comprende.

M.

*
* *

Ensayo de una nueva teoría de la proporcionalidad de las líneas rectas, por D. JULIÁN CHAVE Y CASTILLA, Regente de la Escuela práctica agregada á la Normal de Maestros de Santiago.—Madrid, imprenta de Ricardo Rojas, 1891.—En 4.º, 91 páginas con tres láminas: 2 pesetas.

Hé aquí un libro que supone gran suma de esfuerzos y que es muy útil para la enseñanza. De él dice D. Rafael Álvarez Sereix en el prólogo: «Este *Ensayo de la proporcionalidad de las líneas rectas*, al que tal vez seguirá otro, demuestra por brillante manera que el Sr. Chave es tan inteligente como

instruído; que ha estudiado con fruto las publicaciones anteriores á la suya, y que al redactar su escrito ha logrado aclarar bastantes conceptos, exponer varias demostraciones en términos más sencillos y contribuir con esto á que cunda la afición á la Geometría.»

Bien acreedor á entusiastas aplausos es el Sr. Chave, quien en vez de entregarse al descanso en las breves horas que deja libres la ruda tarea del magisterio, ha sabido acrecer el caudal de sus conocimientos y formar un libro recomendable por lo mucho bueno y nuevo que hay en él. Hasta las condiciones materiales son dignas de elogio, pues aparece estampado con pulcritud y esmero poco comunes en la tipografía del inteligente industrial D. Ricardo Rojas. Al Gobierno corresponde recompensar los afanes de profesores tan laboriosos y entendidos como D. Julian Chave y Castilla, honra de la clase á que pertenece.

*
* *

De l'exercice chez les adultes, *por el* DR. FERNANDO LAGRANGE, *premiado por el Instituto y la Academia de Medicina.*—París, Félix Alcán, editor, 1891.—En 8.º, 375 páginas: 3,50 pesetas.

El autor, que había estudiado en un tomo precedente la *higiene del ejercicio en los niños y jóvenes*, indica ahora las reglas que deben dirigir la aplicación de los ejercicios físicos en el adulto.

Comienza con una breve reseña de las enfermedades que produce la falta de ejercicio, más funesta aún para el adulto que para el niño, y luego expone las reglas racionales de los ejercicios corporales en la edad madura y la vejez. Á las indicaciones de la edad siguen las del *temperamento*, que es la parte más nueva y de mayor interés del libro. Da multitud de detalles prácticos al tratar de las reglas de aplicación de los ejercicios, en una serie de capítulos denominados: *Vale-tudinarios, Obesos, Gotosos, Dispépticos, Diabéticos, Cardiacos*, etc. Concluye examinando todos los ejercicios conocidos y sus efectos útiles ó perjudiciales. En la tercera parte del

libro habla de los efectos higiénicos de los *juegos al aire libre, esgrima* y diversos ejercicios de *sport, gimnasia francesa* y *gimnasia sueca*, la cual estudió el autor en Estokolmo, comisionado por el Ministerio de Instrucción pública.

Aunque tiende el libro á suministrar á los médicos noticias prácticas, el autor ha evitado las fórmulas técnicas y se expresa de modo que resulta una obra de vulgarización sumamente útil.

*
* *

Cuadros vivos (*Á pluma y al pelo*), por EDUARDO DE PALACIO. *Ilustraciones de Ángel Pons*.—Madrid, librería de Fernando Fe, 1891.—En 8.º, 336 páginas: 3,50 pesetas.

Para los que conocen á Eduardo de Palacio—que son cuantos en España leen—basta citarle como autor de un libro, y al punto comprenden que está escrito con donaire, sal y gracejo; las ocurrencias originales y chistosas, los tipos que hacen soltar la risa, las observaciones áticas que hay en *Cuadros vivos*, son innumerables. No es posible leer las 300 páginas y pico, que Fernando Fe presenta con su buen gusto y que Ángel Pons ilustra admirablemente, sin que nuestro ánimo se deleite, por muy inclinados que nos hallemos á la misantropía.

*
* *

Cría del gusano de seda y medios de reconstituir la industria sericícola en España, por D. FERNANDO ORTIZ CAÑAVATE, *ingeniero agrónomo*. *Memoria premiada en el concurso abierto por Real orden de 28 de Agosto de 1888*.—Madrid, 1891.—En 4.º, 87 páginas.

Hojeando esta obrita, se convence el lector de que no pudo haber mayor acierto al premiarla, porque el docto ingeniero Sr. Ortiz Cañavate ha tenido la fortuna de condensar en pocas páginas, que se distinguen por el orden y claridad, cuanto se relaciona con la importante industria sericícola, tan decadente hoy en nuestro país. Comienza el autor por una breve reseña histórica, expone la historia natural del gusano de seda, condiciones de la seda, cultivo de la

morera, y pasa luego al examen de la cría del gusano de seda; da reglas para la conservación de la semilla y modo de efectuar la incubación y avivación; estudia las enfermedades á que está expuesto el precioso insecto y el examen microscópico de la semilla, y concluye indicando los medios que deberían emplearse para reconstituir tan útil y fructuosa industria.

Como se ve, no tiene desperdicio la Memoria del Sr. Ortiz Cañavate, que los agricultores deben leer con todo detenimiento. Reciba nuestros entusiastas plácemes el ilustrado ingeniero.

*
* *

Instituto de Segovia. *Memoria acerca de su estado durante el curso de 1889 á 90, por D. EDUARDO MATEO DE IRAOLA.*—Segovia, 1891.

Laméntase el catedrático Sr. Iraola, autor de esta bien escrita Memoria, de que se puede achacar á los tribunales de examen que proceden con sobrada lenidad, sobre todo con los alumnos de enseñanza libre. En el último curso se verificaron 386 exámenes, correspondiendo 214 á la enseñanza oficial, 4 á la privada, 46 á la doméstica y 122 á la libre. El profesorado de aquel centro continúa afanándose por cumplir con su deber.

*
* *

Les hallucinations télépathiques, por GURNEY, MYERS Y PODMORE, traducido y compendiado de Phantasms of the living, por L. Marillier, con un prefacio de C. Richet.—París, Félix Alcan, editor, 1891.—En 4.º, XVI-395 páginas: 7,50 pesetas.

Esta obra—que pertenece á la acreditada *Biblioteca de Filosofía Contemporánea*—da á conocer todo un orden de asuntos muy nuevos aún, que preocupan vivamente de algunos años á esta parte á los psicólogos y pensadores ingleses y americanos más ilustres. Está dedicado el libro al estudio de esas acciones, todavía misteriosas para la ciencia, que parece que un espíritu puede ejercer sobre otro. Se resumen en aquél los resultados más recientes de las experiencias so-

bre la trasmisión de pensamientos, y entran luego los autores en su objeto principal, el estudio de las alucinaciones verdícas, esto es, de las que coinciden con un acontecimiento real. Tratan de probar que la verdadera causa de la alucinación es entonces el estado de espíritu particular en que se halla la persona que aparece. La obra contiene pocas teorías; es un conjunto de documentos recogidos en buenas condiciones críticas y cuidadosamente elegidos; los autores han querido que hablen los hechos, mucho más elocuentes que todos los razonamientos.

*
* *

Otras publicaciones.

París, por A. Vitu. Versión de Emilia Pardo Bazán.—Madrid, La España Editorial, 1891.

Acaban de repartirse los cuadernos 16 á 20 de esta magnífica obra. El texto, que es un maravilloso trabajo del célebre escritor Augusto Vitu, aparece realzado por multitud de dibujos y láminas, entre las que citaremos las que representan: la puerta lateral del coro alto y la capilla alta de San Esteban, el coro de Nuestra Señora de París, el palacio del Louvre, la plaza de la Concordia y avenida de los Campos Elíseos, el arco del Triunfo, la columnata del Louvre, fachada principal de la Ópera, calle de Rívoli y palacio del Ayuntamiento. Cada cuaderno de 20 páginas en folio, impreso en excelente papel satinado, cuesta una peseta. La traducción es admirable.

Historia general de España, por la Real Academia de la Historia.—El Progreso Editorial, que con tanto lujo publica esta obra de extraordinaria importancia, ha distribuído los cuadernos 36 á 40. Comienza la descripción de Castilla y León durante los reinados de Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III, por D. Juan Catalina García, y prosiguen las de los reinados de Carlos IV y Fernando VII y la Geología y Protohistoria ibéricas. Son dignos de especial mención el retrato del general D. Antonio Ricardos, la lámina que re-

presenta el navío *Santa Ana* y el sello rodado de don Pedro I de Castilla, precioso dibujo en colores y oro. La misma casa editorial ha dado á luz los cuadernos 1111 á 1116 de la gran obra *Nueva Geografía Universal*, por Elíseo Reclus. Se refieren al África del Nordeste y al Asia oriental. Son numerosas las láminas que dan realce al texto, traducido y ampliado por el ilustre geógrafo español D. Martín Ferreiro. Producciones como la *Historia general de España* y la *Nueva Geografía Universal* imponen muchos sacrificios al editor, por lo que todas las personas amantes de la instrucción deben ayudarle.

España. Sus monumentos y artes, su naturaleza é historia.— El acreditado establecimiento tipográfico editorial de Barcelona «Arte y Letras» ha repartido los cuadernos 246 á 248, en los que se continúa la descripción de Huelva por D. Rodrigo Amador de los Ríos. Son muy artísticos los fotograbados del humilladero de la Virgen de la Cinta, el convento de la Rábida y la puerta frontera á la del Buey en el recinto arábigo de Niebla. El cercano centenario del descubrimiento de América aumenta el valor histórico de este volumen.

Por la Nunciatura se ha hecho una edición elegante y económica de la *Carta Encíclica de León XIII acerca del estado actual de los obreros*. Como en este mismo número de la REVISTA se la estudia como merece, nos concretamos á un simple anuncio.

El sabio ingeniero agrónomo D. Zoilo Espejo ha escrito la *Historia de la Asociación General de Agricultores de España desde su fundación en 1881 hasta 1891*. Es un trabajo galanamente escrito, que demuestra la importancia de la Asociación, que preside el elocuente Diputado Sr. Cárdenas y los servicios de mucho valor que ha prestado ya aquélla al país.

Discursos leídos ante la Real Academia de Bellas Artes, en las respectivas recepciones públicas de D. Rodrigo Amador de los Ríos y D. José María Esperanza y Sola. Ambos están concienzudamente escritos, se leen con deleite, enseñan sana doctrina y prueban que fué muy acertada la elección que hizo la docta Academia á fin de que compartiesen

sus tareas hombres del saber que atesoran los señores Amador de los Ríos y Esperanza y Sola.

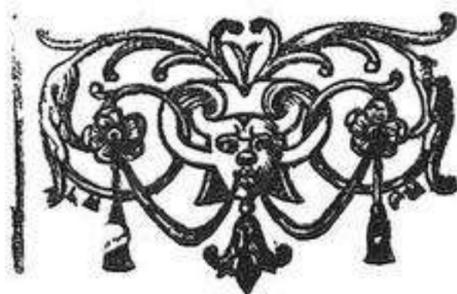
Obreros y burgueses. Diálogos acerca de la cuestión social por D. Policarpo Pastor. Primera parte. Interesante y curioso folleto de 85 páginas. Una peseta.

Étude sur les arguments de Zenon d'Élée contre le mouvement, por G. Frontera. Opúsculo de 23 páginas que excita poderosamente la atención.

Diccionario enciclopédico hispano-americano. Barcelona, Montaner y Simón, editores.—Se han distribuído los cuadernos 197 á 201 de esta obra utilísima. Con ellos empieza la letra *F* y son muchos los artículos de importancia que contienen. Como de costumbre, están ilustrados por numerosos dibujos y mapas de colores, entre los que son dignos de especial mención los que representan á Francia y el archipiélago de las Filipinas. Huelgan los elogios de la parte tipográfica con sólo hacer notar que los cuadernos se imprimen en los talleres de Montaner y Simón.

La *Biblioteca Gallega*, que tantas preciosidades regionalistas viene dando á conocer, se ha enriquecido publicando *Leyendas, tradiciones y episodios históricos de Galicia*, libro en el cual D. Luciano Cid Hermida, director de *El Álbum Literario de Orense*, examina con sano criterio y buen lenguaje varios puntos culminantes de la historia gallega, correspondiendo unos á la fuente tradicional, otros á la historia positiva ó indubitada.

A.



ÍNDICE DEL TOMO LXXXII

15 DE ABRIL DE 1891

	<u>Páginas.</u>
Nuestros políticos poetas, por el Dr. Luis Marco.....	5
El patriotismo en la antigüedad (continuación), por D. Elíseo Guardiola Valero.....	18
Luis Mancinelli y la Sociedad de Conciertos de Madrid, por D. Antonio Peña y Goñi.....	32
Las formas de gobierno, por D. Damián Isern.....	55
Los príncipes de la poesía española (continuación), por D. Juan Pérez de Guzmán.....	72
Aquí y allá (continuación), por D. Carlos Soler Arqués.....	82
Revista extranjera, por S.....	96
Boletín bibliográfico.....	107

30 DE ABRIL

Acontecimientos literarios, 1890, por D. Melchor de Palau.....	113
La insurrección de Chile.....	124
El año 1561, por D. Carlos Cambroner.....	133
Capricho, por D. Mariano Gallego.....	140
Hernán Pérez del Pulgar (continuación), por D. Francisco Villa-Real.....	146
Los príncipes de la poesía española (continuación), por D. Juan Pérez de Guzmán.....	165
Las ciencias de observación ante el procedimiento inductivo, por D. Mariano Amador.....	174
La felicidad según T. Lucrecio Caro, por D. Víctor Suárez Capalleja.....	183
Aquí y allá (continuación), por D. Carlos Soler Arqués.....	186
Cantares, por Zaravel.....	204
Crónica política, por A.....	205
Boletín bibliográfico.....	220

15 DE MAYO

La provisión de cátedras por oposición y consideraciones generales acerca de este sistema de apreciar aptitudes, por el Bachiller A. Q..	225
Notas sueltas, por Zaravel.....	240
Las formas de gobierno, por D. Damián Isern.....	247
Cuentos de aldea, por D. Aureliano J. Pereira.....	258
Hernán Pérez del Pulgar (continuación), por D. Francisco Villa-Real.	264
Acontecimientos literarios, 1890, por D. Melchor de Palau.....	276
Los príncipes de la poesía española (continuación), por D. Juan Pérez de Guzmán.....	284
Aquí y allá (continuación), por D. Carlos Soler Arqués.....	295
Crónica política, por A.....	324
Boletín bibliográfico.....	336

30 DE MAYO

Progresos de la antropología, por el Marqués de Nadaillac.....	337
Hernán Pérez del Pulgar (continuación), por D. Francisco Villa-Real.	357
Á una mujer, por D. Luis Ruiz y Contreras.....	379
Notas sueltas, por Zaravel.....	385
Acontecimientos literarios, 1890 (conclusión), por D. Melchor de Palau.....	395
Aquí y allá (continuación), por D. Carlos Soler Arqués.....	403
Los príncipes de la poesía española (continuación), por D. Juan Pérez de Guzmán.....	423
Crónica política, por A.....	428
Revista extranjera, por S.....	436
Boletín bibliográfico.....	441

15 DE JUNIO

El Papa y los problemas sociales, seguido de un estudio de León XIII íntimo, por D. R. Álvarez Sereix.....	449
Progresos de la antropología (continuación), por el Marqués de Nadaillac.....	468
Rosarito, por D. Luis Cánovas.....	481
Las formas de gobierno, por D. Damián Isern.....	496
El prólogo de una novela, por D. Luis Vidart.....	511
Hernán Pérez del Pulgar (continuación), por D. Francisco Villa-Real.	518
Crónica política, por A.....	539
Revista extranjera, por S.....	548
Boletín bibliográfico.....	555

30 DE JUNIO

Nuestros políticos poetas, por el Dr. Luis Marco.....	561
Progresos de la antropología (conclusión), por el Marqués de Na- daillac.....	566
El Papa y los problemas sociales, seguido de un estudio de León XIII íntimo, por D. R. Alvarez Sereix.....	576
Rosarito, por D. Luis Cánovas.....	589
El año artístico-literario en Valencia, 1890, por D. J. Casañ.....	599
Los príncipes de la poesía española (continuación), por D. Juan Pé- rez de Guzmán.....	622
Vivir agonizando, por D. J. Pons Samper.....	632
Aquí y allá (continuación), por D. Carlos Soler Arqués.....	639
Crónica política, por A.....	654
Boletín bibliográfico, por M. y A.....	661
Índice del tomo LXXXII.....	670

